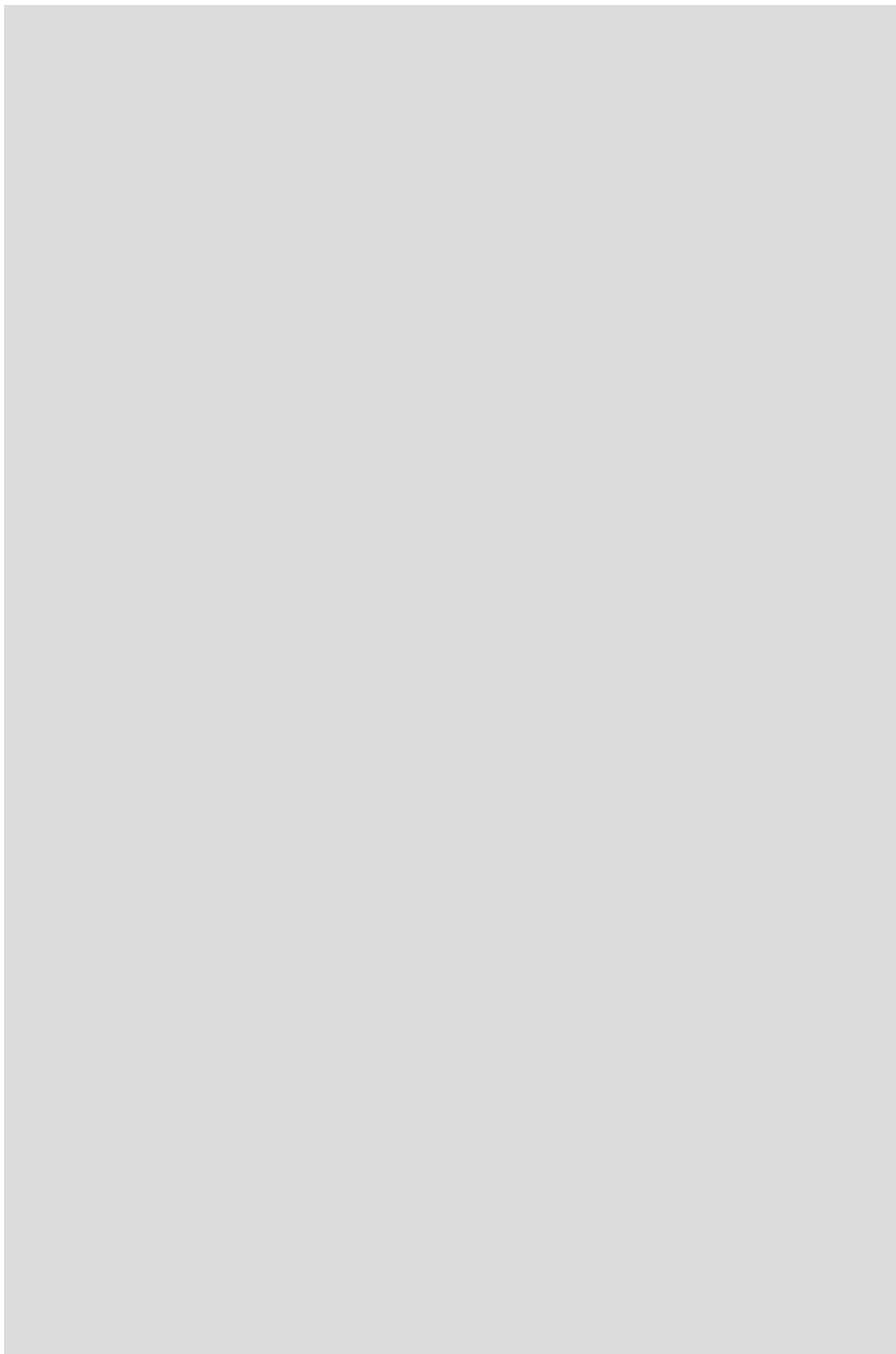


El imaginario sur del mundo

Gastón García Sepúlveda



Capítulo 1

El Imaginario Sur del Mundo

Gastón Sepúlveda

El Imaginario Sur del Mundo

Gastón García Sepúlveda

Capítulo 1.

Aquel hombre que era un maestro.

La muerte de nuestro querido maestro Marcos Duval nos conmovió a todos desde que supimos la noticia. Dijeron que se había quedado dormido cuando entraron, ya oscureciendo. Nadie escuchó ni vio nada. No muchas personas había en el pasillo, a juzgar por la hora y porque era día viernes.

No fue sino hasta el Lunes siguiente, cuando abrí la puerta y quedé estupefacto al ver el cuerpo del profesor extendido con la espalda sobre el respaldo de su asiento, con las facciones secas y la mirada cristalizada. Inmediatamente avisé a todo el mundo, ellos se agolparon a la puerta, una chica gritó y llegó la policía, me interrogaron duramente.

Me soltaron en la noche, y evitando llamar la atención, me puse en marcha hacia el departamento para quedarme insomne, y sin haber dormido un solo instante de la noche, a la mañana siguiente partí a velarlo junto a toda la universidad.

En cuanto a su ceremonia, hasta el más férreo de sus adversarios le dirigió sus más sentidas condolencias. Una eminencia en el campo de la antropología, y tal vez el único capaz de comprender la naturaleza humana tan hondamente, dejaba este mundo de la manera más amarga y enigmática posible. A fin de cuentas, nunca volvió a ser él mismo desde que su trabajo de doctorado le consumió.

Yo tampoco pude creerlo. Y lloré desde el primer minuto.

El primer día estuve en shock, sólo hace unos pocos días había hablado con él en su oficina, me había pedido corregir las pruebas de Egiptología que tenía pendientes de entregar, y yo, lógicamente, acepté de buena gana. Pero había algo extraño en aquella habitación y más aún, el profesor se hallaba más introspectivo que nunca. – ¿Te sientes bien? – le pregunté esperando poder ayudarlo en algún inconveniente; de todos modos, su figura era auténticamente paternal para mí, y me era muy importante su bienestar. A pesar de que sabía que su vocación científica estaba acompañada a veces de una sensata locura que había resuelto a base de antidepresivos y otros fármacos, esto hacía difícil discriminar cuándo su personalidad estaba en sus cabales, disparando una total desconfianza y falta de fe en la humanidad, y otras veces (algunas, minutos más tarde), mucho más inofensivo, amando aquella humanidad con el más profundo amor, a la manera un gran místico.

Si hay algo que la antropología puede entregar, es al menos un poco de confianza, un poco de conocimiento de los demás, de cómo fueron, de cómo serán.

Para él no había nadie más grandioso que aquel que continuamente iba conquistando la libertad, era el hombre libre de sus propios miedos, independiente a todo juicio, libre en la ciencia, libre en la vida... de toda potestad o libertad mayor que quisiera someterle. A veces, yo también, suelo caer en ese orgullo.

Pero el doctor se había suicidado, y con él murió también su gran teoría, su concepto de Hombre, quedaba en mí como un gran asunto por resolver.

Quiero verte en mi oficina a las doce –me dijo aquel día. Había llovido la noche anterior y el día se había despejado con un brillo y belleza que no todos los días se deja apreciar.

Toda aquella habitación tenía la intensidad del pensamiento en su presencia, una densa energía, esa que tienen los hombres que han recorrido el mundo. De nuevo estaba observando esas imágenes en el Mato Grosso, y era obvio que el profesor no se encontraba bien... esa nostalgia de hace diez años con toda seguridad venía a su mente, cuando realizó la obra de su vida en su viaje por la selva. El diario de Duval contenía todas aquellas anotaciones, ante el eventual encuentro y accidente que cambió su vida por completo. Yo, en ese tiempo, apenas estaba comenzando el colegio, y años más tarde, tanto por destino como por decisión, ingresé a la sala donde hacía sus clases, su prestigio misterioso.

Nunca entendí bien por qué me solicitó aquella extraña petición, a decir verdad, porque egiptología no era una rama que nos dedicara demasiada atención, pese a su fascinación y antigüedad, preferíamos la filosofía y el estudio de las sociedades autóctonas americanas.

Estuve eufórico cuando gané su ayudantía, sobre todo por ser el área de mi dominio: la evolución, los sistemas antropológicos, materia en la que quería elaborar mi tesis para graduarme, y en la cual descansaba toda mi inquietud, y lo más importante; mi seguridad espiritual de llegar a entender quiénes somos.

Desde la prehistoria, los primeros simios erguidos, descubridores del fuego e inventores de la rueda, la historia de los poderosos y los débiles a través de los siglos, las culturas precolombinas a las que preferíamos llamar ancestros americanos, el encuentro y tortura de ambas civilizaciones, la domesticación del ecosistema y por último, del medio ambiente y del planeta mismo. Los yaganes, los guaraníes, los mayas, pasaron por sus ojos de historiador. Y fuera de su currículum, incluso creo de su propia carrera, se hallaban los más preciados tesoros de la antigüedad limpiados por los lentes de la ciencia: los ritos y cosmogonías ancestrales, Quetzacoatl y Tepocnipcá reinaban en un oscuro lugar de su biblioteca, dioses iracundos e indomables negados a sucumbir a la tiranía de la sociedad cristiana, eran el objeto de las investigaciones de su vida. En algún lugar remoto de la titánica selva amazónica se hallaban esas efigies divinas para las cuales la ciudad eran su más dura blasfemia, y por qué no, sus sacerdotes, curanderos y devotos capaces de sanar enfermedades en que la medicina es incapaz, y toda su sociedad, multitud

de hombres y mujeres desconocidos, en su desconocida vida en la profunda selva.

Pocas veces tuve la oportunidad de discutir este asunto con el maestro con toda profundidad, porque era difícil llegar a sacarle palabras, como si se tratase de un secreto celosísimo que sólo debiese darse a ciertos iniciados, y esto lo sostenía también la atmósfera de su presencia, como si se tratara la antropología de una religión cuyos descubrimientos fueran parte del sentido mismo de la vida, y fuera peligroso para aquel que no se sometiera al estricto claustro.

Las sociedades desconocidas deben tener de seguro una estructura diferente a la nuestra, más igualitaria, más justa, más desarrollada. –

Todo lo contrario. – Refutaba – Serán igualmente déspotas unos con otros, el evolucionismo y la supervivencia no está exenta en ninguna especie, en ninguna cultura, no hay excepción; si son seres humanos – recuerdo su mirada abrupta y seria, propia de los viejos que paradójicamente suelen entender al ser humano de una manera negativa. – serán tribales y competitivos, tendrán su propia concepción de bien y mal, de creación y destrucción. Esto es así sólo cuando se han mezclado innumerables sociedades en una civilización; mientras permanecen en el orden natural, la situación es distinta a la guerra; los individuos comprenden que se necesitan mutuamente, que no son distintos a los depredadores, ni superiores a las especies más pequeñas. El asunto de los más aptos se reserva a la globalidad de las especies, pero su interdependencia es mucho más alta; el progreso y el consumo sólo es aplicable a nuestro entender, pero dile eso a quienes tienen que lidiar con una incertidumbre mayor, a quienes tienen mayor contacto con lo impermanente de la vida, a quienes una inundación o plaga destruye años de cosechas y de hogares... si se necesitan unos a otros, no se someterán unos a los otros.

Ese día me rendí ante sus palabras retirándome dubitativo, ¿Era posible que aquel antropólogo tuviese una percepción del hombre tan distinta a la perversidad habitual con la que se le define?

La verdad, es que no es propio de un científico tomar en alta estima los valores religiosos, la existencia de Dios, o toda suerte de superstición; pero tras sus gruesos lentes había algo mayor, algo profundamente respetuoso de lo espiritual, alguien que definitivamente había visto, quizás fruto de sus innumerables viajes, algo auténticamente mágico, algo fuera de lo común y de la explicación, algo hermoso y terrible que sus ojos vieron, y que no tuvo más remedio que aceptar.

Samanta estaba triste también, ella adoraba al maestro. Hace tiempo que no nos veíamos; por lo demás, toda la facultad estaba ahí.

Lo extrañaremos demasiado –me decía con sus ojos ya sin lágrimas, pero vidriosos y titilantes, y aunque ella, creyendo en un Dios benevolente me sugería que se encontraría en una realidad superior de Luz, yo la compadecía, para mí todo se había terminado ahí. Mucha gente fue a despedirlo, incluidos sus más duros críticos. Ella cerraba sus ojos mientras

recostaba su cabeza en mi pecho y escuchábamos las palabras que lo despedían; - diría a Dios, ahora, todo lo que sabía. - mientras sobre su cabellera notaba ciertos sujetos en el velorio notoriamente extraños a él, al menos para mí, estaban en una actitud fuera de la atmósfera que envuelve a un científico, fuera de un duelo, estos hombres de terno perfectamente limpio husmeaban entre la multitud buscando algo, hubo uno de ellos que posó su mirada en mí. Sonreía burlescamente, levantando sus cejas, desafiante, parecía advertir que le había notado fuera de lugar.

- ¿Sabes quiénes son ellos? – pregunté a Samanta que volteó la mirada; su expresión era la misma incertidumbre.

– Nunca antes los había visto.

Decidimos acercarnos al féretro entonces; seguros de que sería la última oportunidad que tendríamos de verle: ahí estaba el anciano profesor, con los ojos cerrados, apenas podíamos distinguirlo; su aspecto aún tenía semblante grueso, como si se llevase más allá de su vida sus investigaciones.

Le siguió un silencio el resto de la tarde, de respeto, nos despedimos todos, y todos estaban fríos en el aspecto que tienen los que ven a la muerte y no les es costumbre. Con Samanta no hablamos una palabra, sólo nos mirábamos de repente en el bus en el viaje de regreso y sus ojos decían a los míos todo lo que ya sabíamos. En ese velo comprendía su silencio como la más pura honestidad: no era necesaria una conversación, todo estaba claro, extrañaríamos al maestro y ciertamente, no habría nadie que pudiese reemplazarle. Sobre todo nuestro diálogo fue la misma interrogante... ¿qué le habría llevado a tomar tan drástica decisión?

De ese modo llegó la noche, cuando llegué a mi departamento tenía éste un aspecto igualmente desolado, y no era para menos, se encontraba sucio y deshabitado producto de mi ausencia. Cansado y sin ganas de nada, rehusé contestar el teléfono y me recosté en la cama ya para descansar de la agitada semana.

Todo me daba vueltas en la cabeza, ¿podría esa facultad sostener la antropología al nivel que la llevaba, de ahora en adelante?

Algo me impedía conciliar el sueño. Una constante inquietud. En algún lugar habría dejado los exámenes que el profesor me dejó. Aquellos dioses egipcios no tardaron en aparecer frente a mis ojos detallados con puntual exactitud. Pero una hoja, al final de todas y distinta a ellas, llamó especialmente mi atención. Y mi sorpresa fue mayúscula cuando advertí que la letra del profesor se encontraba ahí.

Capítulo 2.

Investigaciones en la Selva.

Primer expediente.

Es mi gran responsabilidad, por no decir lo menos, entregar a las futuras generaciones las profundas elaboraciones que han suscitado no menores controversias, por parte de entidades políticas, científicas y técnicas. Esta historia es mi memoria, dedicada al gran amor de mi vida, Elisa, sobre nuestro gran descubrimiento.

Hace cinco años fue que conocimos a Mayra, y desde entonces, no he podido olvidar ni el tono de su voz ni su forma de ser, ni nada me hace olvidarla; fue como un fantasma. Pero esto no parte ahí. Mejor comenzaré desde el principio, pero ante todo, debo advertir al lector que no es mi intención el escándalo, sino la de entregar de la mano más fehaciente el testimonio mismo de quién conoció a seres de cuya existencia apenas se ha sabido, de culturas ancestrales y escondidas del resto de la civilización por su propia voluntad y bienestar, y es mi deber dar fe, a todo el mundo, de su existencia.

Ahora bien, todo comenzó cuando para bien o mal ganamos el prestigioso premio *Humanitas para la investigación*, que nos llevaría moralmente a la cumbre científica de nuestro país, y más aún, a formar un equipo de científicos dispuestos a penetrar las profundidades de la selva.

Todo estaría a nuestra disposición para estudiar el lenguaje de los _____, tribu nativa del Brasil famosa por su falta de comunicación y aislamiento, dedicados a la pesca en las aguas dulces del río.

Llegamos al pantanal aquella tarde junto a una bellísima puesta de sol que el Brasil nos regalaba. Habíamos cruzado la frontera con Bolivia poco antes y el cambio de escenario era drástico; no había algo así como una mezcla de las dos culturas, la herencia portuguesa era abrupta y decisiva, había algo en ese país sumamente especial; una sonrisa, alegría humana.

Mi esposa, doctora y también antropóloga, estuvo más feliz que nunca; de no ser por ella, que hablaba con toda naturalidad el portugués y la lengua de señas, seguro nuestra expedición hubiese sido un fracaso. Hace años que lo deseábamos, con todas las fuerzas de nuestra pasión, realizar el trabajo antropológico en las praderas mismas del ser humano, en medio de nativos con cultura y lengua, en su diálogo constante con los otros seres vivos. Y fue obra casi maniobrada por el universo, ella sólo vivía para ese momento cuando por fin llegó... ella luchaba contra el cáncer. Sabía que pronto llegaría la hora en que tendría que dejar su cuerpi al que toda su vida habría dedicado su más completa devoción; en su juventud, enamorada de los gestos que reflejaban el espejo, la graciosa cintura, con los años se hacían más especiales, más emocionalmente maduros, caminando a una vejez bella propia de los antropólogos.

A los pocos minutos llegaron los docentes de la Universidad de Rio a recibirnos, - benvinda ao Brasil! – señalaban, mientras caía la noche y un carnaval; música, samba y juegos de todo tipo, “a galera” se despertaba hacia la noche y decidimos salir luego que nuestros colegas nos dieran la bienvenida en el hotel, a beber y comer en ese Brasil lleno de magia desde el primer momento. Después de todo, sería un día agitado el de mañana, primero en el salón de honor y luego acompañados de nuestros guías, nos perderíamos en la selva.

Bailamos una canción de bossa-nova; lenta, dulce y cautivante. Si pudiese volver a repetir algún momento de mi vida, sería ese, con ella en mis brazos, su rojo pelo en mis brazos... Elisa... bossa.

A la mañana siguiente nos despertó el servicio a la habitación

ofreciéndonos un café expreso *da manha*, el alma misma del trópico, despierta y fuerte.

En el Salón de Honor tardó en reunirse unos quince minutos toda la congregación para la conferencia. Conocimos con gran agrado a Talita Batista y a Paulinho Andrade; grandes antropólogos, líderes en métodos cualitativos y pioneros en el manejo poblacional, necesarios para una era de la información en la cual la estadística no brinda el suficiente apoyo a las investigaciones humanistas.

Yo era el único, y lo lamento, que no tenía la destreza de comprender el portugués; mi esposa traducía a mi oído los conceptos complejos, a lo cual atendíamos con sumo interés. Después de todo, aquel idioma es fácil de entender a grandes rasgos. Y no sólo el portugués fue una gran ayuda de su juventud en el Brasil, ella habría crecido junto a una amiga sordomuda, muy de pequeña, como me contaba cientos de veces, y así había aprendido el lenguaje de señas, el cual nunca olvidó producto, con toda seguridad, de haberlo aprendido imitando y jugando en su infancia más remota. Me decía que era el único recuerdo que tenía, el más lúcido de su infancia, aprender a hablar sin escuchar, comunicándose con gestos, palabras hechas con las manos y con todo el cuerpo, un lenguaje primitivo que influyó notoriamente en su personalidad y floreció en su vocación; aquel lenguaje del baile que entiende toda persona, de cualquier lugar del mundo, que une a todos y en todos los momentos.

Pronto nos presentaron para exponer medularmente nuestro proyecto, algo nerviosos pasamos adelante, tanto por la incredulidad que podría generar nuestra exposición, así como la atmósfera de majestuosa antropología que irradian los brasileros.

Sin embargo, ese previsible escepticismo fue cambiando a medida que continuábamos, como si la imaginación cautivara la densa y quieta atmósfera que suele estar presente. Pero no era mágico aquello de lo que hablábamos, porque al parecer hay una estrecha relación entre el mundo científico y las comunidades aborígenes del Brasil, más cercanas a lo sagrado e inexplicable, a lo sobrenatural que el común de las sociedades. Aún es más, recibimos un crédito realmente opuesto, miradas de mutua complicidad entre ellos, como si se tratase de nuestra propia ignorancia respecto de lo que ellos sabían, como si tuviésemos el mapa de un tesoro que ellos ya descubrieron y disfrutaron, y que por algún motivo, guardasen celosamente.

Tardaríamos unos veinte minutos en finalizar nuestra exposición, y hubiésemos estado más tiempo de no ser por el respeto que tenemos con el tiempo ajeno, y por rostros que ya no mostraban tanta simpatía. A continuación, nos reunimos en una suerte de multitud sólo de especialistas, y estaba ahí, Enah, de raza negra y mirada fulminante, gran científico y muy distinto a todos los demás, muy apegado a sus raíces. Nos dio la mano y nos besó en ambas mejillas, nos felicitó ante todo... su eminencia fue muy cortés, y nos pareció extraño que se acercara personalmente, dejando atrás a otros grandes antropólogos que nos dirigieron una cierta mirada lejana y solapada; sobre todo porque no le

vimos en ningún sitio en toda la conferencia, tal vez por la densidad de los presentes.

Él mismo fue quién nos guió a Mayra. Nos sorprendimos ante la pequeña, no mayor de diez años, que nos subió al buque que nos guiaría hasta dar, selva adentro, con ciertos grupos étnicos, éstos ojalá nos dieran indicios y palabras de la gente que buscábamos, fuera del cariño de los brasileros, que pese a todo, insistían en que nuestras investigaciones eran vanas, nuestra búsqueda sería infructífera, después de todo, porque aún si existían, estaban extintos. Y aún eso, aún el encuentro de un fósil sería sagrado.

Enah era el único científico que nos mostraba una suerte de empatía y esperanza. –até a ciencia precisa da fe pra descobrir. – nos decía, sus ojos nos brindaban una especie de bendición.

Mayra, la pequeña, tenía una sonrisa hermosa que se contraponía a su piel oscura, una inocencia y lucidez asombrosas emanaban de ella. Sus ojos, sobre todo, violetas, tenían una profundidad imperial y una sencillez de ángel,

- ¿Habrás visto una mirada más dulce? – dije a Elisa, que respondió de inmediato... - ¿Los míos? – mientras soltaba una sonrisa y me besaba. Su cabello, de un rubio ceniza bellamente descuidado que coronaba toda su cabeza hasta la cintura. - Ella es diferente a todos - continué – de seguro tiene familia de ascendencia nórdica... el pelo rubio es fruto de genes recesivos, no tendría ese aspecto, o no al menos tan marcadamente, si no tuviera antepasados rubios en línea recta y directa. Pero ella apenas hablaba salvo leves murmullos, estaba ahí porque no había quién más pudiera ayudarnos a hablar con los indígenas, que aunque lejos de la civilización estuviesen, tenían cierto contacto con el mundo, poco, pero había. Ella era nuestra traductora, y preguntamos a los hombres de la embarcación quién era ella, sobre todo quiénes eran sus padres... todo lo que sabían era que Enah le había encontrado años atrás, perdida una vez en las calles de Río, desviada quizás, que hablaba poco y que no decía nada de sus padres, que hablaba en una lengua muy melódica y que poco sabían el significado de sus palabras, por lo que no sabían de ella mucho más que nosotros... debía tener, según nuestra razón, genética nórdica, pero poco a poco, y mientras más nos adentrábamos en el río negro y poblado de pirañas, cambiamos a saber que muy probablemente no.

Capítulo 3.

El Testamento invisible.

No podía, sencillamente, dormir aquella noche. Leía una y otra vez aquella carta, escrita en una mezcla de lucidez y amargor, embriagado. Se tomó la decisión en serio el viejo. Ni se inmutó, dudó o se arrepintió. Desde luego, tal vez aquellas palabras reflejaban una gratitud fuera de lugar, odio, tristeza, ira... pero nunca desesperación o fragilidad. Tal vez, porque no fue débil. Si sus palabras tenían la sustancia firme de la muerte nipona, era porque su vida la vivió respirando como un héroe cada día; si hubiese sido débil, como advertía, y hubiese quedado con su prestigio destruido, con su afán de investigador y aventurero oscurecido por una

enfermedad más poderosa, sin lugar a dudas, de la que podría soportar; ¿fue más valiente morir en lo alto de la investigación? ... ¿No fue débil, al mismo tiempo, dejar sin más lo que sabía de la vida? No podría un hombre así... vivir en la humillación de sus semejantes. ¿Qué fue lo que descubrió?

Toda esa noche fumé mientras pensaba, y el silencio de la noche acariciaba mi meditación. Leía una y otra vez la carta, analizaba con rigor el detalle caligráfico de cada letra, en cada idea había otra idea más profunda que salía, el hombre y la muerte; él a diferencia de todos, buscó la muerte y la encontró. ¿Dónde estaría su diario?

Llamaba Teresa a mi teléfono... ¿Sería posible? ¿A esas horas y después de tanto tiempo?

Aló. – siguió el silencio y a través de mis oídos todo mi cuerpo reconoció su voz.

No, no, estaba despierto... debo estudiar... ciertas cosas. Ha muerto un profesor hace poco, hoy fue el velorio. – Apagué el cigarrillo cuando el despertador ya marcaba las cuatro de la mañana. – está bien... - le dije, porque sus palabras me preguntaban si había sido un buen momento para la sorpresa, si me encontraba bien.

Por supuesto, fue hace tanto tiempo que habíamos dejado de hablarnos, no pensaba en ella sino en esos instantes cuando se suele recordar la piel de amores que se fueron.

Casi no le presté atención hasta que escuché el golpe a la puerta. Era ella, ¿qué hacía ahí...? estaba algo distinta, estaba borracha, por lo demás. La tomé del brazo y la acompañé hasta la cama.

¿Qué pasa?

Tomémonos algo – decía con su aliento de licor y sus manos heladas.

El sol salía, detrás de las montañas la ciudad iba iluminándose. De a poco todo el mundo que cubre la noche desaparece, y empieza a funcionar la maquinaria de los hombres que van y vienen con mercaderías y servicios, ofreciéndose unos a otros.

En un momento, sólo sorteó la gente que se cruzaba en su camino, vagando en las calles de la ciudad que poco a poco iba abriendo los portones de sus principales mercados. La figura de Teresa, bajo la cama; nada era lo mismo desde hacía años, cuando crecieron, amándose como peces que encontraran un rumbo común en la profundidad del río, pero que fue rápido y feroz; se agitaban entre ellos como hábiles luciérnagas que encendieran un sitio diminuto en la inmensidad del campo. Pero ella no era para la antropología; tenía cuerpo de actriz, sonrisa de estrella, de artista, personalidad extrovertida. Su lugar era el exterior de la tierra, no las páginas infinitas de los libros. Por eso se fue, rápido, a los documentales... no se quedó aquí perdiendo el tiempo como todos. ¿Había regresado? ¿Acaso...? Fue mejor para ella, y para mí.

Llegué (debí haber caminado unas dos horas sin advertir el paso del tiempo) afuera del departamento en que vivía Samanta junto a otros estudiantes, la mayoría de carreras humanistas, de modo que llegar ahí era estar sujetado a una gran conversación, llena de opiniones diferentes y de gestos que van construyendo las amistades y desencuentros

humanos. La llamé, y un poco confundida y desorientada seguramente por el horario, me invitó a pasar.

El sol ya había salido completamente e iluminaba el comedor mientras el silencio nos unía; al parecer ambos habíamos estado pensando mucho esa noche. La muerte, lo cotidiano y lo mágico, la epifanía y el presentimiento de que aún y cuando no lo quisiéramos ni lo mereciéramos, aquellos no eran los días habituales que solían enmascarar los problemas y los adornos existenciales, podríamos bien no estar preparados para recibir esa suerte del destino.

He preferido no pensar en eso. – me decía mientras desde la cocina parecía estar preparando huevos y la juguera interrumpió por un momento.

Creo que no es asunto nuestro...

¡Cómo no va a serlo! – le contesté de inmediato, aunque debí tomar más en cuenta sus palabras, que no pocas veces lograban calmar mi alma de lo trágico o lo irritante... tal vez, era esa mi misión, ocuparme de lo que no tiene gran importancia.

– Ese hombre no tenía más familia que nosotros. Por ahora está todo bien, se respeta su muerte... ¡pero se suicidó! Y en unas semanas más va a caer la crítica sobre su trabajo con el peso del plomo...

Sus ojos a los míos tenían una mezcla de firmeza y luz.

–...porque ahora está muerto y no podrá defenderse.

–¿Quién lo hará sino? –insistí.

–Por eso he preferido no pensar en eso.

Cerró sus ojos en un desconcierto del que no quería inmiscuirse más, y ambos fuimos a la cocina, pero me afirmé a la puerta sin entrar del todo y una multitud de ideas rondaban sobre mi cabeza.

No me había preguntado si había tomado desayuno, pero nunca lo hacía.

El café humeaba cuando se acercó y tenía el olor de un nuevo día, de observación y análisis continuo de esa sociedad como una gran pregunta que se respondía en cada sujeto que cruzaba la calle, que miraba su reloj, mágicos en lo vacío y deseando magia en cada compra, paso apresurado y café en la mañana.

Por un momento, y quizás en una suerte de bruscas relaciones en sus pensamientos, se sumergieron en un momento fuera de lo común, como si entre ellos se hubiera despertado una intuición magnética. Por lo general se hablaban, sin cesar, pero ese sol y el cálido vapor que salía por la ventana, como si ansiara la libertad que prometiera el cielo, se fuera a conquistar la eternidad celeste, y los rayos que iluminaban los edificios en un instante en que pudiera respirarse el paraíso, hacían imposible no estar juntos en silencio, ya que todo el mundo rugía cual maquinaria salvaje y bulliciosa, ignorándolos por fin de sus sentimientos.

¿Quién crees que sea el nuevo decano?

Estéfano desvió la mirada desde la ventana y la vio trayendo los huevos que estaban cocidos y de hecho, traían muy buen olor. Pero él, no sabía qué responder...

– Yo creo que nadie se lo había preguntado en la universidad... – y añadió

– Duval, era Duval.

Pero ya no tenía esa picazón fría y desesperante de la madrugada, que trajera a su corazón una soledad azul y silenciosa, más allá de cualquier cuerpo. Samanta tenía un brillo de miel en sus ojos que disfrutaban los huevos y el pan; ahora tenía el corazón descubriendo un rayo con los mismos colores anaranjados y fogosos del cielo, y en un instante en que del café quedaban sólo conchos y de los panes, sólo migas mordisqueadas, fue arrebatado de sí mismo y le besó en la boca. Todo el mundo se apagó... ella se apartó, abrió los ojos totalmente, desentendidos. Su corazón palpitaba fuertemente como si su pecho y su cabeza no funcionaran al mismo tiempo, porque no esperaban el rapto somnífero en mitad del día, caía como una gota de lluvia. Él se acercó de nuevo, para que no apareciesen dudas del amor, sus ojos pasaron en una fracción de segundo de estar en blanco, al calor de la entrega en una complicidad alegre y en plenitud, y el roce de un nuevo beso hicieron que cerrasen sus ojos y no hubiese más mundo que el momento de ser mujer. Por qué motivo podrían esconderse de la felicidad...

Así, mientras su abrazo los sumergía en aquello que era la misión y el fin de todos los organismos, el encuentro con la belleza que quiere encontrar el artista, y su cintura, sus pechos, poco a poco iba entregándose en descubrir la piel que estaba debajo de esa ropa, y esas miradas, y esas palabras que jamás serían tan sinceras como sentirse ola de fuego suave y de pronto tempestad, iban en una erótica guerra contra la muerte. La orquesta de sus cuerpos sonaba fuera de sí misma, un lapso de espera vacía que llega mediante un sinfín de estrellas que recorren el más breve poro, rincón del corazón, y entregada tiritaba hasta que llegó el silencio de ambos en la habitación... y consigo el sueño que recupera del amor.

Estimado Estefan:

Cuando leas esto sabrás bien que no estaré con ustedes más, el asunto es complejo, toda mi cabeza contiene más de lo que debería saber. He conocido más que otros hombres, más de lo que los gigantes saben. Ante todo, hijo mío, ante todo la desesperación me persigue, hombres oscuros y poderosos han robado mis más hermosas colecciones arqueológicas, saboteado mis trabajos, robado información. Me acusan de fraude científico, con toda seguridad ganarán en tribunales y terminaré mi vida en una cárcel, prisionero de los científicos que no son científicos, hombres de ambición que trabajan para las estructuras poderosas y no para el bienestar humano. No podría heredarte más que a ti la gran tarea... de no tomar esta decisión, todo mi trabajo será en vano, todo mi descubrimiento inútil, como ya ha sucedido en el pasado, múltiples ocasiones. Pero no todo es amargo, y agradezco a la vida el haberme brindado un estudiante como tú, alguien que continúe mi trabajo. He dejado para ti, en un sitio muy especial que conoces, mi diario y mi trabajo. Sabrás qué hacer con él. Me despido en mi gran hara-kiri, no puedo tolerar la pérdida injusta de mi honor, pronto nos encontraremos de nuevo, pronto me dirás cómo terminó todo. Cuidate. Sé valiente.

Hasta pronto.

Marcos.

Capítulo V.-

Jamás podría haber conocido persona más hermosa que Mayra. Los tripulantes de la embarcación eran todos brasileros, de herencia negra y portuguesa, no había en ellos distancia; no sé si por el hecho mismo de que fuesen brasileros, no sé si por la igualdad espiritual que es propia de los marineros, guiados a la suerte de las aguas a lugares en los que no queda más opción que la ayuda mutua y sincera. Había tres sacerdotes, todos chilenos, trabajando con nosotros. La iglesia católica hace antropología por su cuenta, pensé al verlos. Los árboles se iban haciendo cada vez más grotescos, de un verde cada vez más oscuro, de vez en cuando la sombra de los capivaras se asomaba a beber agua, y la selva, oculta por la densidad de los árboles, escondía todos sus secretos.

En una oportunidad un yacaré se asomó de pronto, rasgando la tranquilidad del agua, sumergió a uno de esos roedores hasta lo profundo y ambos desaparecieron. Los vimos en aquel baile de muerte y esa imagen permanecería en mi retina; lo inconstante de la vida, lo salvaje, lo terrible. Habíamos navegado todo el día río arriba; intentaba conversar con Mayra pero ella era esquivia, sólo jugaba de vez en cuando con Elisa realizando ciertos gestos y burlas propios de una niña. Caía la tarde y comimos con los tripulantes, discutimos ciertas diferencias respecto a los métodos que usaríamos, porque en realidad no todos los ahí presentes teníamos los mismos objetivos.

Queremos ir río arriba – me decía Enah en proa aquella tarde – Pero los sacerdotes... no quieren.

Paguemos al capitán. – señalé de inmediato. – No importa lo que cueste. El sol dejaba sobre la selva ya su último rayo de luz y cuando con Elisa salimos a contemplar aquel atardecer teñido de un amarillo fantasmal que abrazaba la magnitud de la selva, escuchamos una melodía suave, mágica. No era música que soliéramos escuchar... un la, puro, como surgido de un instrumento tocado por un ángel, esa nota ascendía y descendía en una vibración que llenaba de paz y que luego caía en una nota aguda que no pude identificar y que se perdía en el silencio. Esta melodía se repetía con leves diferencias, pero cada diferencia era única y hermosa. Aquel sonido nos estremecía, nos atraía de una manera magnética a la proa, donde nuestros oídos percibían su origen... y ahí estaba, la delicada figura de Mayra sobre la proa en una actitud solemne, nos acercamos para verla mejor.

Sus ojos cerrados, sus manos se desplazaban sobre un instrumento de viento semejante a una flauta, de la madera blanca de un árbol que nunca había visto, y desde su boca, posada sobre una boquilla que emitía esa maravillosa melodía apenas verosímil de creer surgida de ese instrumento rústico y simple.

Así permaneció durante mucho tiempo, creo, porque al parecer nuestra percepción del tiempo era otra mezclado con el sonido de esa dulce flauta; había caído la noche sin percatarnos, y en un último suspiro la pequeña miró con sus ojos violetas al horizonte. Quise aplaudir, pero mi esposa lo

evitó con un gesto, y me advirtió que mirase mejor: Ella cerró sus ojos nuevamente, y su atención estaba centrada más allá de los árboles y el agua negra que podíamos ver, como esperando recibir el aplauso o una respuesta de la selva.

A continuación la pequeña nos observó, e hizo un gesto con su rostro tierno que interpreté como de sorpresa, y luego de pregunta... pero nada supimos responderle. La noche era abrupta, y el río estaba iluminado por un montón de luces blancas y severas que miraban fijamente, eran los ojos de los yacarés.

Fue extraña aquella noche con Samanta, poco acostumbrados al amor, solía ser entre ellos una broma en serio; que envejecían como el vino, que sólo encontrarían la belleza momificados. Quizás ese conocimiento del hombre les daba un control sobre sus emociones, frías hasta lo imposible, en que cualquier sentimiento les era poco significativo... un impulso de apareamiento, y nada más que eso.

Y aquello tampoco podría haber sido amor, aunque tampoco egoísmo, interés, o la motivación que comúnmente se confunde con amor. Tal vez, toda esa odisea de sentimientos negros, ansiedad aflictiva, resolviese en la necesidad de amar aunque sea, un breve momento y una breve noche. Abrió la puerta de su departamento y vio con horror sus libros tirados en el suelo. Por un impulso cerró la puerta con llave, pensó rápidamente en cómo dejó a la rubia acostada en su cama y se fue porque no la soportaba más. Quizás fue un instante en que se dejó llevar por una rabia superior a ella, pero hasta donde la conoció ella no era así. No se dejaba llevar por pasiones, no se embriagaba hasta perder el juicio; fue todo increíblemente extraño. Inusualmente extraño y además, no había motivo alguno para su visita. Ordenó sus libros hasta altas horas de la noche, su departamento era el único que tenía las luces encendidas. Faltaba un libro y lo notó en seguida, cuando los libros amontonados dejaban un evidente espacio: *El Enigma de lo Humano*.

Y tuvo la certeza de lo que en un principio fue una duda. Aquello no había sido un momento caprichoso, sino una búsqueda exhaustiva, libro a libro, de ciertos documentos que él tuviese. Sin lugar a dudas, aquel libro robado era especial, fue un regalo de Duval en sus primeros años de estudio, para su cumpleaños, una historia de la antropología sin igual, inencontrable en una librería, desde su origen en la teoría de Darwin, el fraude de Piltdown, hasta el descubrimiento del Florisienscisc, del Denisova, y gran parte de las actuales teorías que intentan responder a lo que es lo humano.

Sintió un arduo estremecimiento, un enfado de todo lo que había ocurrido. Ese libro era lo más valioso que tenía, no sólo por ser una monumental obra científica, sino también porque era el recuerdo más grato que tenía de su maestro, su dedicatoria.

¿Habría buscado ese libro en específico? ¿Habría sido por azar, sólo en el placer de haber sacado algo?

Iba y venía continuamente por las habitaciones, apagó las luces, y en el instante mismo en que dejó de estar iluminada la habitación, sospechó el impacto que se recibe cuando se es estudiado. Él mismo había hecho

observaciones a la sociedad durante horas, muchas veces sin percatarse; pero al aislar a un solo individuo, éste cambiaba de inmediato como si su cuerpo le advirtiese a la distancia una amenaza. Jamás había sentido, por lo demás, esa sensación. Observó desde lo alto y la sensación se disipaba mientras el aire fresco de la noche entraba a la habitación. Quizás fue resultado del horario que sus emociones estaban más sensibles de lo habitual.

No... había alguien en el edificio de enfrente, un sujeto que fumaba y desde cuya distancia, su observación tosca y grave le seguía; aquella sensación volvió a surgir desde su pecho y a través de cada nervio, su cuerpo respondió en defensa, con una ansiedad amarga y con temor, le hizo dar un paso atrás.

Con Teresa no tenía ya contacto alguno. Llamó a Samanta mientras observaba solapado detrás de las cortinas. Las calles vacías no emitían sonido, y estaba solo, frente a frente con esa sombra, que pudiendo ser una casualidad de la medianoche no era tal, dada su firmeza, era más bien una advertencia.

-¿Estás bien? -preguntó frente al teléfono mientras la figura se iba haciendo más difusa. Samanta respondió como si se tratara de una broma.

-Claro.

Pudo ver su sonrisa detrás del teléfono, y también escuchó claramente la melodía del bossa nova mientras la silueta le hacía un gesto que no podía bien detectar: era una canción de Caetano, la figura desapareció.

-Lo que pasa es que recuerdo al profesor y...

Él le interrumpió sin querer ser grosero. Por supuesto que Duval tenía un irremediable vínculo con Brasil. Pero parecía que no era hora de hablar de Duval ni de Brasil.

-Me están observando; había un tipo en el edificio de enfrente.

-Ten cuidado, que se llevan a cualquiera, no salgas a la calle.

Pensó un momento. Si sólo se trataba de un breve momento de paranoia. Tal vez justificado.

Era sin embargo, cierto y severo el cigarro que fumaba a la distancia ese sujeto, y le invadía su actitud constante.

-Un momento. Acabo de ver por mi ventana, un furgón negro acaba de marcharse... no lo había visto.

En aquel momento un temblor recorrió sus cuerpos.

-Eran los tipos del funeral, ¡estoy seguro!; Duval se encabronaba con los poderosos.

-Te voy a ver, quédate ahí.

Cortó la llamada entonces porque de seguro recibiría una respuesta preocupada por parte de Samanta. Abrió la puerta y la cerró con gran sigilo, hasta la última llave, bajó los escalones y jugó entre los pasillos a fin de no salir por la misma puerta. Caminó entre los callejones, los menos iluminados, seguro de que nadie le seguía ni le espiaba. De todos modos debía darse prisa, quizás llegarían a casa de Samanta antes que él.

Caminó entonces, casi sin saber por dónde, pero siguiendo la dirección de su instinto que le guiaba más y poco a poco a un destino, no sin cierta

inseguridad porque después de todo estaba desnudo, si algo sucediese no podría defenderse.

Alguien había de todos modos que le había estado siguiendo. El furgón negro se estacionó junto a él. Pensó lo peor. Si de esos vidrios polarizados había un arma detrás, esa imagen la traía el sólo aspecto grotesco del auto. Bajaron los vidrios.

El conductor era alguien alto y fuerte, pero su edad la delataban las canas, y las arrugas de su cara no parecían arrugas de vejez sino de combate, la que hace el tiempo del enfrentamiento.

–Suba – le decía, pero él no se movía, no era buena idea ser dócil.

–Quién es usted –preguntó con voz im-perativa, miró a sus ojos directamente y ambos se desafiaban.

–Soy un amigo... de usted y de Duval.

–Qué sabe de Duval – insistió, pero el su-jeto no tuvo mucha paciencia.

–Mucho, suba, le explico arriba.

Él no se confiaba aún, y con toda razón. Su curiosidad poco a poco fue superior. Los ojos del sujeto no se mostraban desafiantes ante él, sino acaso sobre la situación; miraba de un lado a otro.

–Suba rápido quiere, no pueden verme con usted.

Estefano subió, no tenía más opciones, y el vehículo arrancó.

–Soy soldado –maniobró hasta salir a la autopista, alejándose del sitio.

Sus brazos y su actitud reflejaban sobre él un cierto odio. Entonces no era necesario que Estefano se presentase, era necesario escuchar.

–Conocí a Duval en el servicio militar, Hace cuarenta y siete años exactamente. Antes de comenzar su carrera como antropólogo y antes de seguir yo mi propio camino. Duval fue parte de una generación verde de científicos, cuya misión...

Disminuyó la velocidad. Parecía nervioso, transpiraba. El aire comenzó a volverse denso.

–Estuvo al servicio del golpe de estado –concluyó.

–No lo creo –advirtió Estéfano.

–Él mismo no lo supo hasta muy tarde – le explicó, sin mirarle, con los ojos únicamente concentrados en la carretera.

–Hemos ido de copas un par de veces, era una gran persona, muy culta.

–A qué viene todo esto –creyó prudente decir Estéfano, quien luchaba por esconder su nerviosismo.

–Un ejército secreto de científicos, más allá de cualquier gobierno, me entiende. Sus primeros sistemas fueron diseñados en la Alemania Nazi. Los primeros estudios sobre exterminio selectivo, después del fin de la guerra, fueron cuidadosamente retirados a América del Sur, y funcionaron! ¡ya lo ve! mecanismos de estudio, vigilancia y de control de masas.

–Duval no era un asesino.

–¡Claro que lo era! –le miró un momento con los ojos fríos y rojos, para volver a con-centrarse luego en la autopista cada vez más alejada de las luces.

–El método científico puede utilizarse para el bien... o para el mal; él no

mataba gente sino ideas. Contra su voluntad quizás. Aunque conociéndolo.

El vehículo aumentaba su velocidad mientras salían de la ciudad y el paisaje era sólo una continua llanura negra de campos que chocaban con las faldas de las colinas.

-Para matar a un enemigo que es una raza, puedes dispararle, pero cuando tus enemigos son ideas, libros y convicciones, es distinto, y las armas por sí solas no funcionan.

-Entiendo, ¿la dictadura?

-Los dictadores, en realidad, sirven a po-deres psicológicos, antropológicos, de los cuales el maestro Duval... - realiza un breve silencio en la oscuridad y frena el auto - había sido miembro desde su juventud. Su sangre helada se abstenía de creer semejantes palabras. Pero era evidente que aquel hombre conocía a Duval, o al menos sabía muy bien quién fue, y no sólo eso... además sabía que él fue su discípulo.

-Había que tener un soldado aún más preparado e inteligente... había que matar a quienes pudiesen hacer del socialismo algo real, algo verdadero, había que matar a científicos, gente de compromiso, capaz de trabajar en una sociedad sin clases, o por lo menos, una sociedad justa. El verdadero temor era que naciera el socialismo como una fuerza humana, que articulara el trabajo humano y que escapara de las manos del gobierno y del mercado, que fuera más allá de los poderes del Estado. Entonces teníamos un lema.

Su cuerpo renunció por vagos momentos a continuar hablando, como arrepintiéndose, mien-tras colocaba su mano alrededor de su oreja.

-No habían seres humanos sino comunistas. Los antropólogos podían hacer lo que fuese ne-cesario, dar en el blanco de los verdaderos enemigos, más allá de la Unidad Popular, la Unión Soviética, todo eso.

Él le había dicho que iría a verla a su de-partamento, pero finalmente no llegó. Entre ambos se creyeron finalmente dormidos, pero no fue así; al mirar mutuamente sus rostros con semblante demacrado, tal vez no necesitaron muchas palabras para decirse lo que había sido una vuelta a la esquina con el crimen.

La expresión que sentían preguntaba, ¿cómo nos habremos metido en esto? Y los reunía sin em-bargo el grito del mediodía de la vida cuando el éxito inesperado no puede soportarse individual-mente.

Había un golpe de sombra cuando entraron en los muros de piedra que levantaban a la institu-ción.

No había clases.

Precisamente porque no había democracia. Mientras caminaban por los pasillos, los ins-trumentos, los gritos y los lienzos decían;

-¿Dónde están las elecciones de decano?

Luego de la muerte de Duval se veía ocurrir un conflicto así. Y el valor y capacidad que necesitaría quién continuase en el cargo debería sobrellevar la pesada carga de decisiones y enfrentamientos. Quién fuese.

Había dos maestros que habían sido discípulos de Duval; tal vez el más preparado, sería un conocido documentalista, René Silva, pero los poderes más cercanos a la rectoría preferían a una vieja profesora, cuya primera vocación fuese la de economista, y que el rumbo de sus decisiones la llevaron a ser científica social, conocida como Sara Acevedo.

En esos momentos el enfoque de la carrera seguía ciertos lineamientos de profundos estudios en filosofía e historia, y que los elementos económicos, de conocimiento de las poblaciones y los territorios, sirvieran a estas dos primeras para formar a los científicos. El peor temor que pudiesen tener era la transformación a una so-ciología pesada, sin poesía, sin hacer de la carrera conocedores verdaderos de lo que es humano.

Sucedía lo mismo que en todas las cosas.

Él se separó de Samanta en un momento, en el mismo momento en que se reunieron a discutir el futuro de esos años. Tenía que subir hasta la oficina de Duval.

Investigaciones en la selva.

Antes del amanecer estábamos llegando a la isla poblada por indígenas. Eran las cinco de la madrugada, y aquella noche de todos modos, nunca pudimos conciliar el sueño. Sea por el motor, sea por el movimiento de la nave, siempre en un constante balanceo, y porque los gritos entre la tripulación eran frecuentes hasta en los momentos menos esperados de la noche. Lo necesitaban para comunicarse entre los árboles y sobre el pantano, en una oscuridad tan intensa como el corazón, tan pacífica a la vez en toda suerte de sórdidas criaturas.

La nave se detenía a veces. Río arriba, sólo había con ellos la inmensidad tenebrosa del Amazonas iluminado por la luna, en una belleza singularmente perfecta; toda la vida estaba ahí, lejos de la ciudad, volvían a sentirse desnudos ante ese pulmón del mundo, siempre inescrutable, secreto como una gran mujer, y los árboles son verdes mundos que conocen lo que sucede a todos los demás árboles.

Desamparados ante la naturaleza, una sensación inapreciable en las ciudades. Los árboles devolvían cierta unión a aquellas profundidades que, misteriosamente, devolvían el ritmo, la cordura biológica que desde siempre habían perdido, la unión con los árboles, el río, la luna y todos los seres.

Entonces fue como si cayesen en una especie de sueño nuevo. Tal vez el horario en el que habían despertado no era el más apropiado para estar suficientemente lúcidos. En pocos segundos, negros, blancos, mestizos y aborígenes estaban en la playa. Los indígenas en un principio, sólo mostraban un aprecio por Enah, quizás el único al que habían visto antes, además de Mayra. Y la pequeña no desembarcó junto a todos. Mi esposa me lo advirtió cuando el interés de llegar a tierras donde el hombre luchaba por hacerse un lugar, por cambiar el medio ambiente, había capturado toda mi atención.

La muchacha estaba en la proa del barco, en cuclillas, como un gato parecía calcular la distancia y la altura, e inmediatamente se lanzó al agua. Nos miramos llenos de pavor, porque las aguas del Amazonas son una gran profundidad de criaturas peligrosas. Pero sólo nosotros temimos

por Mayra, para luego de sumergirse y permanecer buceando durante algunos segundos, salía a flote nadando, con un pez en la boca y otro en la mano, estos se sacudían hasta morir afuera.

Todos se habían reunido en torno al fuego, encendido de mañana, en una cocina diseñada con piedras increíblemente unidas, una suerte de cerámica ancestral, y ahí se iban depositando verduras y tubérculos. Ella, lanzó sus dos peces en un costado y luego se acercó a Elisa y comenzó a jugar con ella en muecas y saltos que ninguno de los dos entendía bien. Entonces observamos bien que su piel no era negra ni cobriza, sino de un violeta muy oscuro. Aquella duda la tuvimos desde un principio, como una gran incertidumbre. Sí, ciertamente, el sitio en que sus venas se dejaban ver a través de su piel tenían una tonalidad bruscamente más rojiza, y aquella tonalidad se iba disolviendo en un tono violeta hasta volverse opaco. La muchacha era inquieta y no se dejaba observar bien.

Pregunté a Enah si la muchacha era sorda, dado que no podía hablar aunque entendiese el portugués. Dijo que no, que era parte de una etnia muy antigua en los bosques, que sólo ella de repente iba y venía, y nadie más iba con ella cuando eso sucedía.

Me armé de coraje, lleno de un descomunal asombro.

-Elisa, por favor ayúdame.

Ella se acercó, quería saber qué se me pa-saba por la cabeza.

-Pregúntale de dónde viene.

Mi esposa, ante el asombro, sonrió a Mayra durante un tiempo y en una especie de juego le preguntaba en gestos, gestos que yo no conocía. La niña, desde luego, se sintió algo desafiada con la pregunta, y en señas respondió girando toda la mano, dándole vueltas, apuntaba a los árboles.

-Soy de todas partes.

Miraba mi esposa mientras respondía,

-¿Puedes escuchar? – le preguntaba yo, in-dicándome una oreja, pero no fue hasta que Elisa le preguntó que respondió inmediatamente. Su expresión era incluso, casi despectiva.

-¡Claro! ¿Puedes escuchar tú? – y desde ese momento tuve mi primera conversación con ella, porque la niña parecía comprender que yo no sabía la lengua de señas, y que era yo quien quería hablarle siendo mi esposa la intérprete. Mi esposa me habló, interpretando un conjunto de señas que la niña hacía, indicando aquí y allá.

-Ella dice: ¿Puedes escuchar tú los animales que hay detrás de esos árboles, el pez que está en el agua?

Ambos nos miramos en mutuo asombr

-¿Puedes escuchar mi corazón? – Elisa se acercó a Maira, mientras ella me miraba fijamente, con los ojos con que mira un anciano, desde el cuerpo de una niña. Ambas se miraron luego, por un largo momento, sus ojos brillaron al contemplarse mutuamente, y se abrazaron mientras mi esposa lloraba en un desconsuelo.

-No puedo seguir –me decía. Mayra se alejó de nosotros de inmediato, se acercó a la cocina de piedras donde el agua empezaba a hervir, y esperó ahí. Elisa se acercó a mis brazos y su llanto era el más intenso que hubiese sufrido, se afirmó fuertemente a mis hombros y desde ahí sufría.

-¿Crees que algún día esto pasará?

Sus ojos, manchados en un brillo que exponía un dolor indescriptible, como quemadura ciega que quisiera salir de ella. ¡Cómo podría ayudarle, y quién podría hacerlo!

Siempre la había visto deteriorarse, lentamente, su belleza permanecía confundida en una piel más seca, en un espíritu en constante lucha entre el querer dejarse llevar a una paz perenne, o sobrellevarla valientemente, como si supiera que aún quedaban cosas por hacer, que su vida aún no estaba concluida.

Y siempre también admiré muchísimo, y lo sigo haciendo, aquella implacable valentía de mujer, resistente a un dolor inmerecido. No sé cuánto tiempo... tal vez algunos minutos, tal vez algunas horas, contuve su dolor entre mis brazos mientras los demás, sin saber qué hacer, queriendo ayudar, se limitaban a mirarnos. A veces sentía que se dormiría y que jamás volvería a abrirme los ojos.

Nos apartamos, sin caminar, porque a fin de cuentas, los demás investigadores querían tra-bajar, y sentí mucho que no lo hicieran con tranquilidad, porque nuestros fines pretendiesen ser los mismos.

Sólo el rostro de Maira pude ver en cierto momento; los demás eran cobardes, y los nativos, mirándose entre sí, permanecían en la indiferencia.

Pero no eran nativos como los que suponía la investigación, muchos de ellos conocían el Brasil e incluso hablaban portugués. La comida estuvo lista para el mediodía, y ella se recuperaba lentamente.

La comida era sabrosa, cocinada lentamente a través de los rayos del sol, su sabor salía desde el interior de aquellas frutas y verduras brindándoles un aroma y un sabor que era propio, íntimo de aquella flora. Esperábamos encontrarnos con una sociedad más relativa a la cacería y la recolección, pero tenían una estructura patriarcal y ejercían la agricultura, no sé si la domesticación. Preferían, de todas formas, hablarse en su propio idioma, y hablarnos también en aquella lengua.

En un principio no entendíamos en absoluto aquellas palabras, pero con el paso del día parecíamos cruzar esa barrera hasta entender una globalidad más o menos cierta, sin ayuda de los traductores, de aquello de lo que querían decirnos.

Ruego al lector me disculpe no relatar con más detalle nuestro encuentro con los nativos, porque al fin y al cabo, no era muy distinta a lo que esperábamos, y nuestro trabajo se limitaría a ser semejante y grueso como el de los demás investigadores, si ellos hubiesen sido nuestro objeto de estudio.

Mi esposa y yo, por nuestra parte, con-centramos toda nuestra atención prácticamente en Maira, quién por minutos se adentraba en la sel-va, quién al atardecer y cómo era su costumbre, se separaba de todos nosotros con su instrumento (que al observar bien, me corrijo, era una mezcla entre ocarina y flauta), el que hacía sonar selva adentro regalando su melodía a los confines. No sabía la finalidad de aquella conducta, semejante a un ritual que hacía sagradamente a la hora del crepúsculo, como un asunto importante, y que para ella debía ser así.

Elisa, mientras el cielo anaranjado caía sobre nosotros nuevamente y tomaba el color de la melodía de Mayra, decidió hablarme un momento de la pequeña.

-Toda la tribu ha preparado comida para todos. A excepción de ella, es la única que caza su comida y que está vinculada a estos dos mundos, pero sin pertenecer a ninguno. ¿Por qué será así?

Ojalá pudiésemos hablar con ella. Ojalá un segundo tuviéramos para preguntarle de dónde viene; si no fuese ella tan esquiva y silenciosa y por lo mismo, tan fascinante a nuestros ojos.

No obstante los momentos más especiales llegan, por lo general, cuando nos rendimos a lo cotidiano. La muchacha estaba cerca de nosotros con la flauta en su mano. Sus ojos miraban con una piedad que jamás vi en otra mujer. Tomó la mano de Elvira. Parecía leer nuestros pensamientos.

-¿Puedes preguntarle de dónde viene?

Elisa quiso preguntar, pero la pequeña no dejó que moviera sus manos. Ella no sólo veía e intuía su sufrimiento, lo sufría con ella, lo vivía en carne propia.

Pronto fue ella quién hizo señas a nosotros. Con una sonrisa quería decirnos algo.

-¿Quieres... -repetía mi esposa al momento que interpretaba los gestos suaves de la niña -que pregunte si puedes venir conmigo hasta el lugar del que vengo?

Ambos nos miramos, con los ojos y la boca abiertos y el corazón en asombro.

-No puedo traer a nadie pero, tienes un mal que nadie ha curado. En mi tierra los sabios podrían darle fin.

Expresado esto con sus ojos y sus manos, y con el dialecto de su cuerpo frágil, sobre-naturalmente hermoso y delicado, violáceo, cruzó nuevamente la delgada costa del río y comenzó a tocar su instrumento.

Nosotros nos abrazamos, nos amábamos, cayó la noche y los animales nocturnos, con sus sonidos guturales parecían responder a la música de Maira. Esta vez su música era más lenta, algo más triste... la repetía una y otra vez y descansaba.

-¿Será posible? -nos decíamos. -¿Ella preguntaba a través de su música, a través de esa fina ocarina de material que apenas podíamos identificar, a través de la selva, a aquellos sabios que nos mencionó, si podía invitarnos a ir con ella?

Escribo esto en estos momentos, porque jamás podríamos creer aquello que contemplábamos. Ella desarrolló un sistema de comunicación musical, ¿tal vez dada la densidad y la distancia de la selva, semejante a los delfines o los elefantes, para comunicarse a grandes distancias? Era una teoría a lo sumo absurda y sin embargo, entendíamos que aquello era lo que sucedía.

La situación fue tan desconcertante que ni siquiera pusimos atención a las discusiones que tenía el resto de antropólogos respecto a la relación de los nativos con la selva y su influencia sobre el medio en el cual vivían.

Los tambores comenzaron a sonar, el fuego dibujaba las sombras de los hombres y mujeres que bailaban en una ceremonia propia, de la cual

éramos parte junto a todos los demás, invitados por los líderes de la tribu que, abnegados a nuestra visita, permitían que nuestro corazón latiera junto al de toda la tribu.

Maira se había quedado quieta a la orilla del río. Dio media vuelta y nos hizo una señal, un gesto que podría comprender cualquiera, la tristeza en su rostro era evidente. Era un no.

Yo me entristecí más que Elisa, quien no cedió a la decepción de no tener tal vez, la última y única cura a su dolencia.

-¿Te das cuenta? -me decía despacio mien-tras los tambores se nos acercaban-, efectivamente, alguien le respondió más allá de lo que nosotros hemos escuchado. Aún así -enfa-tizó- alguien le ha dicho que no.

Mi sorpresa fue mayor. Y tal vez me quité el orgullo de antropólogo un momento; no estaba tan sorprendido por aquella sobrenatural comunicación, ni por la música, sino por la fascinación de Elisa, su auténtica pasión de poder ver una luz en todo, aunque todo estuviera cubierto de tinieblas.

La tomé de la mano.

-Lo intentaremos de nuevo -le dije al oírlo, y la besé en la boca.

Capítulo VII

La ventana de la oficina de Duval tenía una visión panorámica hacia todo el patio. Desde ese lugar el maestro habría visto todo, habría pensado, observado la conducta de los que pasaran.

En una pared colgaba la fotografía del maestro abrazado a su esposa años atrás, la sonrisa en su rostro, demostración de una profunda felicidad, nunca la vi en él alguna vez.

Detrás de ellos estaba una vista espléndida, desde un monte desde el cual a lo lejos se apreciaba el océano como una delicada estela desde la que se asomaban los valles hasta ellos.

-¿Qué hace aquí? -preguntó una voz tosca y femenina. De inmediato volteé y unos hombres entraron junto a una señora de edad.

A mí, tal vez, no me importó, di media vuelta y seguí contemplando la fotografía. Nadie tenía el derecho de preguntármelo.

-Debe salir de aquí, esto ya no es más la oficina de Marcos...

Por supuesto, estaban ahí para retirar el conjunto de libros que le pertenecían, sus objetos, incluso la fotografía se la llevarían.

Sin ánimo de discutir, me retiré indignado ante la falta de sensibilidad y de respeto. Yo que había estado ahí todos los días desde que entré a estudiar, nunca tuve el valor de preguntarle sobre aquella fotografía -el fantasma de su esposa era una leyenda-, pero había leído muchos, y ojeado al menos una vez todos los libros que ahí se aglomeraban.

-¿Qué ha pasado? -pregunté a mis compañeros.

-Han pospuesto las defensas de tesis hasta que salga un nuevo decano. -contestó Daniel, que también debía recibirse. La verdad es que todos estábamos enfadados, no había clases, pero debía dar la conferencia sobre mis trabajos de todas maneras aquel mismo día, la interdependencia de las sociedades, el ejemplo mismo de aquella sociedad que románticamente habría estudiado y supuesto, casi por completo

imaginado, creí que había sido un éxito, pese a todo y en la terquedad, tal vez, me daba aliento.

Lo difícil que fue y aún era sostener las teorías más sensatas, pensaba una vez afuera, la voz de Samanta susurró detrás de mí.

-¿Vamos a ver al maestro al cementerio?

Tomamos el bus en la tarde y la tumba del profesor tenía todavía las flores que habían dejado quienes habían llegado a despedirlo. El viento corría y comimos cereales que compramos en el camino, a falta de no haber almorzado.

-Era usted un guerrero –le decíamos a su espíritu. Miré a Samanta fijamente para hablarle, pero ella habló primero para decir algo semejante a lo que vino a mi cabeza en ese momento. – Era aún más fuerte de lo pensábamos, no ha pasado una semana desde su ausencia y ya la escuela no es lo mismo... van a cambiar todo el plan de estudios.

¿¡Qué!? – Respondí sobresaltado. – Todo en lo que Duval era especialista ya no se estudiará más. –

Aquello yo no lo sabía. Desde luego, enseñar la antropología evolutiva era una cosa, pero no ceder en transformarla en una carrera de estadística, análisis de datos o biología de sistemas, disfrazándola de antropología, era otra.

Sabíamos, desde luego, todo eso, pero nuestro fuerte de estudios era la antropología en sí.

Hoy día fui a la oficina de él. Estaban retirando todo aquello que le perteneciera. Había una fotografía de él, cuando era mucho más joven. Sí la había visto. – Compartimos el último sobre de nueces y almendras que compramos a falta de un almuerzo. – Una vez después de una prueba me detuve a preguntarle, estaban en el cerro La Campana esa vez, y ella había sido su esposa, nunca me quiso decir que sucedió con ella, pero al parecer murió.

¡Claro! La Campana... era un lugar muy importante para él, subir el mismo cerro que alguna vez subió Darwin, era como escalar la evolución.

Todo para él tenía un trasfondo esotérico.

Era loco, pero vivía su espiritualidad como la viven pocos.

En esa conversación planearon escalar hasta la cima del cerro. De todas maneras no había clases; una mezcla milagrosa de tiempo tenían después de agotadores años, y pocas oportunidades habían en la vida para observar plantas y animales, especies endémicas que sólo pueden verse al margen de la sociedad y en una reserva forestal.

Los días no eran buenos en esos tiempos. Tan pronto como salía el sol se nublaba, llovía o soplabla el viento de distintas estaciones del año.

También, por otra parte, los días eran distintos; el tiempo era más amplio, o tal vez la destrucción de esa rutina que los tenía anclados a una sobriedad naturalmente científica les daba otro aliento, otra manera de ver la vida. Podría querer, desde luego, comenzar a escribir otra tesis; tenía tal vez la inspiración para embarcarse en otra aventura humana.

¿Y cuál sería tu tema? – le preguntaba Samanta y él se detenía a contestar.

Es realmente notable la invasión de la actividad humana en la naturaleza. Los días cambian, ninguna estación es permanente. Es obvio que hemos entrado en el antropoceno.

¡Yo trabajé eso una vez...! – exclamó en un gesto que él encontró inusualmente tierno. – ...y lo marcará la tercera gran extinción de la que tengamos recuerdo, si la lógica que ha seguido a la humanidad desde su nacimiento es como pensamos, no existe motivo alguno para creer que será distinto.

¿En serio piensas eso?

Claro, ¿tú no?

Guardé silencio un momento a fin de enhebrar mis pensamientos.

Creo que si hay una extinción nosotros estaremos dentro de ella. – Ambos reímos con una carcajada fuerte. – Sabemos tan poco y la antropología estuvo paralizada durante tanto tiempo... aunque sí, es realmente remota la probabilidad de que alguna vez el sapiens y el medio ambiente puedan alguna vez estar en armonía.

Ella me escuchaba y sus ojos brillaban. A ambos nos gustaba escucharnos, sobre todo si hablábamos apasionados, de manera inspiradora.

Por otra parte... la relación científica que había entre el hombre primitivo y el actual es totalmente distinta. Es la misma paradoja que nos hemos preguntado siempre, alcanzaremos la paz mundial o nos mataremos antes, en guerras nucleares y tragedias, egoísmos...

¿Y qué crees tú?

El bus se había detenido y la placa en recuerdo de Charles Darwin los recibía.

Habían llegado.

Creo que moriremos antes de saberlo. – El viento golpeaba firme, y estaba helado pese al sol. Ella se reía de aquella respuesta irresponsable. Pero qué crees que pase, aún si mueres antes... yo creo que seremos más fuertes, incontables veces en la historia no sólo ha habido momentos de guerra, también ha habido momentos de paz; la vida misma es una lucha, pero cuando estallan las guerras de verdad es cuando más amamos la paz. –

Aquella poesía de su antropología era lo que más le gustaba de ella.

Todas las historias del mundo son las historias de la guerra... desde que el sapiens es sapiens – sostenía él– es un ser que ama la violencia.

¡Yo creo que no! – Y ella no dejaba lugar para algo que no fuese el pacifismo, – sencillamente no creo que los problemas que tuvo el hombre en sus orígenes se hayan podido resolver con guerra, o exclusivamente mediante ella.

Todos los problemas se han resuelto así, como que no.

Mientras ascendíamos la temperatura comenzó a bajar.

Una vez se descubrió en Nazca, que los primeros habitantes realizaban trueques, aquellos que pescaban llevaban al altiplano los peces, y cuando llegaban en el altiplano les regalaban lana de las ovejas que domesticaban, con las cuales fabricaban redes que de regreso, usaban para pescar.

Era cierto. Nazca era posiblemente una gran excepción, o la evidencia de que tenía razón. – Eso sólo quiere decir que mientras se mantenían estables los primeros sistemas económicos, desde el origen, había una paz que mantener: el mutuo beneficio de ambos.

No. – Se detuvo un momento, y contemplé su pecho que tomaba aliento para seguir caminando.

Claro... eso quiere decir que tenían consciencia de su mutua dependencia. Pero apostarí a que llegó un día en que una de ambas tribus tuvo más poder que la otra, y cuando hay poder... – Sus ojos tomaron un brillo de nostalgia, un momento en el cual contemplamos la cumbre a la que deseábamos llegar. – Cuando hay poder las reglas las escriben los más fuertes.

De esa manera fue ese día, en un constante diálogo, debate sobre cosas profundas que se decían una y otra vez hasta lograr, tal vez y pocas veces, en una sola frase, una idea nueva, una idea nueva que podrían también llenarlas de detalles, desecharla por nueva; pero crecería al fin y al cabo, como idea misma al margen de lo que ellos harían con ella.

Y es en esos momentos, en los que tal vez ingenuamente creímos que era algo asombroso, ese asombro queda y va desarrollándose a través de un silencio caluroso de pensamientos que vienen y van más allá de la palabra.

El sol se ponía sobre la bahía que podíamos contemplar a la distancia, y como Darwin escribiría años atrás en sus viajes alrededor del mundo, “Chile, limitado por los Andes y el Océano pacífico, se extendía a nuestros pies como un gran plano, y jamás me pareció tan corto el tiempo.”

Caímos como en un trance que nos evocaba el soberbio espectáculo de naturaleza que se nos ofrecía. Habíamos subido todo el día hasta el atardecer y contemplamos toda nuestra vida, tal cual nos la mostraba nuestro país a través de su valle central; la feliz niñez, lúcidos hasta lo imposible, creciendo en medio de colores vivientes, únicos y endémicos, protegidos de la violencia y la codicia, auténticamente valiosos.

Y tal vez ante sus ojos habían flores que en ningún otro lugar se encontrarían, tal vez un insecto que sólo sobrevivió en ese abrazo verde, sólo la Palma aborígen los cuidaba; pero no se daban cuenta de ello, demasiado ansiosos por subir y llegar hasta la cumbre, despreciando todo a su paso, perdiéndose entre letras y pensamientos que terminan en el lugar en que empezaron y sujetos en todo momento a la vida que permanece siempre.

No pasó mucho tiempo para que se sintieran fríos y lejanos, solos en todo, sólo con el momento mismo acompañándoles, hacían el amor en una discusión más de su antropología sin significado. Se hallaban desnudos, y eran un espejo uno del otro, dos simios que caminaban erguidos y que ahí, en el instante y sitio mismo en que se permitían las primeras ideas de la evolución de las especies, sabían que la vida era entregarse a la reproducción; porque sólo ahí no había miedo, no había muerte ni enfrentamiento, sólo en el amor había significado.

Y el tiempo dejaba de ser el tiempo, era la noche eterna en un momento, se congelaba y permanecía, siempre vacía, se miraban a los ojos y un solo

abrazo, una sola gota de sudor e incluso un solo trance, sujetos uno al otro, en el aparente conflicto de sus mentes que querían entenderlo todo, de dónde venimos y hacia dónde vamos, antes de que el sueño viniera a conquistar sus ojos, se lo habían explicado, esa belleza era una paradoja que los concluía, los hacía, los deshacía y los volvía a sostener, dos corazones diferentes que querían entenderse, que sólo estando juntos se entendían bien.

Y no fue distinta la última hora que permanecieron despiertos a todas las horas de la noche en que durmieron abrazados; soñaban los mares gigantes, y seres incomprensibles que salían de las aguas a la tierra, y otros seres hechos de puro pensamiento que decían: idémosles vida! Soñaban los primeros hechos primordiales; los primeros insectos, las primeras aves, los primeros soles que alumbraban los primeros días, seres que sólo la imaginación y la obsesión humana podían acaso apreciar, en una mezcla intrigante de sencillez y confusión.

Cuando se despertaron por desgracia volvió a ser todo cotidiano, el sol apenas salía a través de la cordillera, cuya luz se fragmentaba en colores que la volvían épica, brindándole una mística que se perdía cuando finalmente llegaba el día y ese rojo sol lo anidaba todo en una especie de espejismo que volvía a crearlo todo desde la más intensa noche.

Ella se había abrazado a su cuerpo sin pelaje, bajo un árbol que durante años habría estado observando aquellos amaneceres y atardeceres, y habría observado seguramente todas las cosas que pasaron en un perfecto silencio. Él despertó y la acurrucaba con su mano de la cintura, y entonces boca arriba, mirando la copa de aquel árbol, vio algo que no encajaba con las ramas y el color de las hojas, algo que la luz del amanecer reflejaba en sus ojos que despertaban, que brillaba como una gota de agua.

Se levantó y ella dormida, abrió los ojos también. - ¿Qué haces? - Él miraba hacia arriba. - ¿Qué es eso? No logro distinguir bien. - ¿Qué cosa, la "X" que está ahí?

Él no se había percatado de aquella marca dibujada en el árbol, una X de mapa. Apenas, la vio al darse vuelta todo vino a su cabeza. Primero se quedó quieto, paralizado. - No, eso que está arriba del árbol. - Apuntaba a la copa del árbol pero ella no lo vio hasta que se ganó en su perspectiva, mientras se ponían la ropa y se miraban.

Primero quisieron remecer el árbol, atentos a que no fuese gran cosa, pero la marca les intrigaba y Estéfano finalmente decidió subir. No fue difícil, pero sí requería un gran esfuerzo avanzar desde el tronco hasta las ramas. Se abrazó a la primera rama y subió hasta ella para avanzar a través de las otras y observar bien aquel objeto que llenaba su curiosidad: Una serie de páginas de un libro deteriorado y amarillento, un objeto blanco cubierto por el cilindro de las hojas, lo tomó en sus manos y descendió del árbol.

Al caer se levantó al instante porque el dolor no era tanto como la curiosidad: Ambos se miraron, ambos miraban las páginas. - Hemos encontrado la "X". - La letra de Duval, reconoció de inmediato "*Hace cinco años fue que conocimos a Mayra*" estaba escrito en esas páginas y él se

reía mientras ella observaba el objeto que se desprendió de las páginas, al parecer, protegido por una bolsa de plástico, una especie de instrumento musical, una especie de flauta, de ocarina antigua y cuyo sonido no pudieron encontrar buscando entre sus agujeros y colocando la boca en uno y otro lugar.

La primera página decía. – *Felicidades, haz encontrado el tesoro, y es el mapa hacia el tesoro, más allá de lo que conocemos, la ruta de lo maravilloso, cuida que este libro no llegue a las manos de los que usan bototos, porque en ellos no hay maravillas.*

Todo era un enigma en su escritura. Más allá de ellos por supuesto se levantaba el cielo, y ahora debían bajar de nuevo hasta la tierra. Hojearon nuevamente desde la última página hasta la primera, y el libro tenía un título; se llamaba “*Investigaciones en la Selva.*”

Capítulo VIII.-

El Abrazo de Mayra

¡Mayra, dónde estaba! Nos preguntamos cuando, por la mañana, la buscamos entre todas las personas y no se encontraba por ningún lado. Nos dejamos llevar un momento por la desesperación. Enah no sabía dónde estaba. – Ela e assim, como o ar, aparece quando ela quer - ¿Y si no volvía?

Durante dos días no nos podíamos perdonar que se fuera sin dar aviso, que no dijera a los demás si volvería, si la podríamos encontrar de nuevo. Nuestro corazón estaba desolado, como si la hubiésemos amado demasiado. – Regresa, por favor. - decíamos a los días. Continuábamos nuestra investigación, entrevistábamos a los nativos, observábamos su cerámica y sus costumbres. Con nuestros colegas no nos llevábamos bien. Los días pasaron, y aunque fuese mágica la estepa y aunque estuviésemos ante una belleza que difícilmente veríamos de nuevo, nada nos devolvía la música de aquella muchacha única y dulce.

Elisa disfrutaba de todo, su dolor le permitía disfrutar de cada instante, porque cada segundo podría haber sido el último para ella, todo era belleza en su vida y era una nimiedad lo amargo... pero para mí no. Quería gritar a la orilla del río, gritarle que regrese; suplicarle, oh Mayra, si pudiésemos haberte conocido mejor, si pudieras regresar sólo una hora para hablarnos de aquel lugar desde el que vienes y del que no le hablas a nadie.

Miraba a Elisa que observaba los distintos tonos de verde, que escribía en su diario lo que descubría, y me veía con ojos que decían. – Ya está, no la esperes. – Porque me conocía, y sabía lo mucho que extrañaba a la muchacha sin decírselo.

La última noche antes de regresar fue cuando por fin dijimos. – No regresará. – Volveríamos a la universidad y a la ciudad sin nada nuevo en nuestras manos, nuestro corazón frío en una esperanza de la que no teníamos modo alguno de saber si la podríamos haber tomado.

Ella se dormía siempre producto de sus medicamentos que poco a poco tenían menos efecto sobre su dolor. Y las primeras señales de auténtico

dolor se hacían presentes, fuera de lo que todo medicamento pudiera resolver.

Vi de pronto algo que se aproximaba, un bulto negro y en silencio, del agua salían unos ojos brillantes. Se acercó la imagen de la niña, era ella. Sus ojos parecían dos luciérnagas y brillaban como los ojos de los felinos. Mi esposa se despertó y se contentó de verla nuevamente en su sonrisa que dejaba una marca en sus mejillas luego de haber sonreído.

Ella nos hacía un gesto de silencio; que nadie más escuchara. Dormía el campamento, ella nos guiaba por la arena como si fuese de día, con su habilidad nos acercó a una estructura que habría estado esperándola a zarpar. Salió a flote en el instante mismo en que sus pies abandonaron la orilla. La noche no tenía luna, era la más oscura noche, la nave recorría silenciosa la longitud del río hasta perderse en sitios que sólo la memoria podría recordar, sólo el agua turbia y negra y las sombras del pantano. Comenzamos a notar que Mayra se movía con toda naturalidad a través del ébano, el brillo violáceo de sus ojos a ratos desaparecía, se iba su sombra a través de la embarcación y volvía nuevamente tras un breve momento, un constante balanceo.

Y lo siguiente fue entrar de golpe en la penumbra, más allá de lo que pudiera tolerarse, una negrura densa y violenta, de las aguas pantanosas surgían ecos de seres que saldrían hambrientos del dolor, y la magnitud celeste era más viva y amplia, más cercana a lo incomprensible e inaprehensible.

Nos abrazamos entonces para no ceder ante el ataque de todos los males que vigilaban aquellos rincones inaccesibles a todo lo demás. Me sorprendí de que Elisa no se aquejara de su enfermedad, lo único que nos mantenía con un mínimo de lucidez era sentirnos, tocarnos las manos y vigilar el bienestar del otro, un túnel de pesadilla que llegaba con su más irrisorio tormento.

La noche era más oscura que en todo otro lugar.

Las estrellas eran enjambres de incomprensibles soles que permanecían unidos a una delicada conexión con lo grotesco.

Las aguas permanecían quietas, acechantes, en una actitud siniestra y sin embargo simple.

Pronto sentimos un abrazo tibio. Aquel abrazo llegó para decirnos, - Estoy aquí. - y mientras apoyaba sus pequeñas manos sobre nuestros hombros, ese contacto hizo que nos rindiésemos a un río de catarsis que nos encendió todos los inminentes arrepentimientos, como si navegásemos a través de nuestros propios errores, las propias calumnias que dábamos nos eran devueltas por la naturaleza, y todas las veces que nos habíamos equivocado, todo llegaba hasta ese río y esa oscuridad. Y Mayra, en su abrazo de niña consolaba nuestras angustias en aquella nave. Y aunque no la veíamos sentíamos su espíritu puro que invadía como la luz de la luna al reflejarse en el mar en la hora más oscura.

Aquella hora oscura que se siente sólo en la niñez, era la misma oscuridad y el mismo miedo, era el mismo fantasma que renacía.

Ese río infinito nos contaba nuestra propia historia, y me llevó hasta el momento más amargo; veía aquellos hombres, con los ojos vendados, con

la dignidad frente a un muro; sin identidad, desaparecidos... y sus espíritus emergían del agua y miraban al rostro... ¡Yo amaba a una mujer igual que tú! – decían. – Yo amaba una ciencia igual que tú! ¿Cómo pudiste quitarme la felicidad a mí y a todos los que me amaban? Y aquellos espectros se abalanzaban sobre mi cabeza. La voz de Elisa me decía algo que no entendía, todos esos monstruos me acechaban, ...pero si no fue mi decisión, así no lo hacía me matarían! Fui un prisionero de la dictadura al igual que ustedes ¡perdónenme!

Sentí en mi oído la voz de un ángel, y pronto la oscuridad se desvanecía con una luz distante que parecía devolvernos el oxígeno. Ya no era una, sino varias las voces de un coro de ángeles que se cantaban unos a los otros con una música imposible de escuchar, que obedecía a leyes superiores a la armonía. Volví a estar en el abrazo de Mayra, Elisa despertaba también de un trance semejante y nos miramos como dos amantes que no se veían luego de haber vivido toda una vida, la orquesta de aquellos sonidos de resignación se acercaban, la luz del túnel estaba ya próxima, salimos a la claridad del día y por fin dijimos – ¡por fin pasó! -

Capítulo IX.

¿Cómo es posible que hayan rechazado mi tesis! – Dije a Samanta que se encontraba hablando con Daniel en un costado de la facultad. Ella abrió los ojos. - ¡Qué! – sorprendida... - A mí me la han aceptado. ¿Estás seguro? Ve a preguntar, quizás hay un error. –

Me hablaba con una voz distinta, tal vez nueva; como la voz que escuché cuando la conocí y que provocaba en mí una suerte de sensación semejante al viento fresco de la mañana.

Pero esa vez ella estaba algo distinta, tal vez quería disfrutar junto a todos que habría pasado todos los exámenes y el juego final lo iba ganando. Toqué a la puerta de la nueva decana, alta y veterana. Me preguntó qué deseaba, cerré la puerta y pedí explicaciones acerca del rechazo de mis trabajos.

La decana había cambiado por completo la oficina de Duval y ahora todos los libros habían sido reemplazados por un computador nuevo y papeles en un orden sin sentido. Preguntó mi nombre y el año de ingreso.

Su tesis no cumple con los requisitos para ser aprobada. –

¿Qué “requisitos”? – sostuve con ira y un cierto gesto de ironía, debido a que ciertamente mi trabajo era de la más pura antropología.

No se cumple con la metodología, no hay datos estadísticos, no hay métodos cuantitativos o cualitativos que nos sirvan para medir si lo que dice es correcto o incorrecto, no hay nada salvo un estudio de poblaciones y divaga demasiado en circunstancias históricas que son inverosímiles.

Y sin embargo todos estos años he trabajado para esto, y he obtenido las mejores calificaciones...

Pero según la nueva normativa. – interrumpió con un gesto grave y molesto. – nos regimos por un método estrictamente sociológico, entiendo

su discipulado con el profesor Duval, pero todos sus discípulos incorporaron a su trabajo algo más de... - Se mordió los labios como buscando la palabra correcta, tal vez para no perder su lenguaje protocolar. - humildad. Algo que demuestre que están preparados para los labores de la vida, para proporcionar información sobre el comportamiento, sus necesidades, sus tendencias... ¡Nadie pretende sostener una nueva teoría del hombre! - Agitó sus hojas sobre la mesa. - ¿No lo entiende?

Hubo un leve silencio y percibí en sus ojos y sonrisa un claro gesto de apatía y desprecio.

- Yo entiendo que hasta hace poco esta facultad tuviera otros intereses debido al poder de Duval, pero la rectoría hace mucho tiempo que esperaba que él, que ya era muy viejito, o muriese o jubilase, para que nunca más se pase en esta universidad la antropología de sistemas. Quedé petrificado del dolor que significaba aquello. Nunca más se estaría pensando en enseñar mi especialidad... ¡la interdependencia de los sujetos biológicos!

Podríamos aceptar su trabajo, pero aún así tiene pocas posibilidades de ser aprobado. Desde luego, presente otro. - Sugirió con su gesto descortés, ya típico en la manera de expresarse.

Salí encolerizado. Salí decepcionado. Todas aquellas tardes en la universidad me trajeron en un sólo momento toda la nostalgia de aquellos pasillos y aulas.

Observé bien a todos; profesores, estudiantes de primer año, de los últimos, vi mi teoría desvanecerse, mi teoría que sostenía que éramos dependientes unos de otros, que todos éramos importantes; y los vi individuales, egoístas, trabajando en sus propios intereses, aún y cuando, obviamente para mí, esto no fuera cierto desde una circunstancia biológica.

Capítulo X.-

Elisa llegó antes del toque de queda y tenía las llaves del departamento entre sus manos. Lo días eran fríos y en las calles todo el mundo avanzaba con pasos de soldado, todos se miraban cómplices o traidores, nadie confiaba en nadie. Su trabajo, por suerte, en la enseñanza, no estaba muy amenazado, y su esposo debía estar trabajando en otras circunstancias ese día.

Abrió la puerta y avanzó hasta el fondo del pasillo, y observó a Marcos tirado sobre el sofá. Había abierto un vino añejo que tenían guardado para circunstancias especiales. Sin ver su rostro, que se hallaba escondido debajo de sus brazos, supo que no era el mismo que solía ver... Sus manos estaban fuertemente agarradas sobre su cabeza.

Marcos, ¿Qué ha pasado? - Ella se acercó rápidamente a rescatarlo de un pensamiento negro que le invadía encima, sus brazos de mujer le abrazaron hasta envolverlo, sus ojos tapizados en un rojo encendido y furioso le miraron. - ¡Lo han matado, lo mataron hoy día!

¿A quién cariño, a quién han matado?

Pero él no respondía y se limitaba a repetir una y otra vez la misma

frase... miraba fijamente hacia la pared, sin escuchar en verdad, miraba a la pared sin detalle como si viera algo ahí digno de ver.

A René. – sostuvo después, sin dejar de mirar a la pared fría. Lo fusilaron al frente mío, lo llevaron, no tenía identidad pero sabían quién era. Amigo mío...

Suspiró, fumaba como no solía fumar y resistía con su voz gutural, guardándose tristeza... afuera sonaba la policía y los tanques, y era todo tan desolado como el interior de sus corazones.

René... - Ella lo mencionó también, pidió a las fuerzas místicas en las que creía que cuidasen de él en los planos en que sólo su recuerdo lo mantenían vivo.

Él – explicaba Marcos un poco más calmado, un poco más lento, más en sí mismo. – era un gran amigo, una gran persona. Ni siquiera estuvo muy involucrado con el partido... Lo llevaron porque trabajó para la Jap en abastecimiento, y más aún; Tenía fe en que las cosas podían salir bien. ¿Pudiste hablar con él?

Sí. – Su rostro entonces tomó un aspecto amargo, una tormenta de sentimientos dolorosos le acorralaban. – Me pedía ayuda. Pero no pude hacer nada por él, veía en su rostro de desconcierto el sentimiento primero con el que se saluda a la muerte, no con aceptación sino el miedo más vivo... el mayor de todos.

El vino había manchado su camisa y hasta el suelo corría esa sangre que no tomaba apremio en recorrer todo lugar en el que pudiera verterse. Era un gran antropólogo... desde luego, y pretendía utilizar el método científico para el bienestar social, para saber cómo todo debía llegar a todos, sus ojos en actitud de auxilio, era lo suficientemente inteligente como para hacer del socialismo algo posible, desde luego. Se dijeron.

Capítulo XI.-

Vamos, Samanta, contesta. Por favor. Quieren que presente otro trabajo, ¡maldita sea! Si abandono mis pensamientos me abandonaré a mí mismo. Vieja de mierda.

Voy a ir a Brasil. Es imposible que Duval esté equivocado. Es imposible que esa gente no exista. Tengo aquí su cerámica, las narraciones en las que cuenta cómo fue que encontró a estas personas.

Le probaré a esa maldita universidad que tengo razón, es demasiado evidente... estoy más allá de la observación.

Debo calmarme. Vamos, recuéstate en la alfombra y cálmate.

No tengo tiempo para seminarios ni todo eso, debo ir a la selva ya... ese es el mensaje que me ha entregado. Eso es lo que debo hacer.

Es necesario que el mundo sepa que ellos existen.

¿Será acaso el mismo tormento en que se encontraba Duval?

Utilizaré el dinero con el que arriendo el departamento. Iré, es necesario que haya consenso científico sobre esto. Aún y si es un fraude cómo se menciona, como se le recuerda, aún así debe haber consenso.

El sol que rebota desde la cordillera, ese dorado brillo es el que asienta a mis plegarias de viajero; he pasado tanto tiempo en los libros, tanto tiempo en un viaje a través en las líneas de innumerables páginas que

nunca tendrán final, y casi ni siquiera un comienzo porque en medio de todo casi siempre lo he olvidado.

Mi espíritu lo pide. Darwin lo hizo. Descartes lo hizo. Todos han viajado alrededor del mundo, es la única manera de ser un antropólogo, me atrevería a decir que es la única manera de hacer antropología; conocer gente, conocer sociedades, conocer culturas. No hay una antropología de oficina. El sol. La facultad. Darwin. El ser humano, Samanta, ¿Me extrañará acaso, ahora que pasa más tiempo con otro que sin tanta inquietud le han aprobado el argumento de su tesis?

Quizás ahora, si Teresa llamara. No entiendo, estoy teniendo celos... no debiera ser así. Ahora debo irme. Es el momento.

Ahora es el momento.

XII.-

Habíamos salido, por fin el agua clara nos reflejaba con total exactitud. Íbamos en una larga canoa de madera, hecha de troncos tejidos muy finamente, y ésta flotaba, luego se sumergía, maniobraba con destreza y era el medio más eficaz que hubiese visto para navegar a través del río. Y no era sólo una canoa sino muchas, y había sujetos en ella semejantes a Mayra. Desde luego, nos rodeaban árboles gigantes, árboles hacia los cuales apenas se podía ver su copa porque su superficie estaba enmarañada de ramas y de hojas.

Apenas tampoco pudimos ver dónde llegamos. Pero era una tranquilidad inevitable, el agua estaba en paz, y el canto de pájaros que jamás hubiésemos oído antes salía desde esos árboles.

Había silencio, pero no duró mucho tiempo hasta que comenzó el canto de aquellos hombres y mujeres que poco a poco habían salido y se mostraban, y entrar en ese mundo fue como despertar un día en otro planeta, con otras formas de vida y otras especies vegetales.

Aquellas largas canoas se hundían en el agua de pronto para volver a levantarse sin levantarse del agua. Sólo Mayra iba con nosotros en nuestra canoa. Alrededor aquellas figuras mostraban una suerte de curiosidad y desconfianza, hombres de los que no había oído hablar en ningún libro salvo en las leyendas que son parte del folklor de todas las naciones, árboles más grandes de los que se suponía podría haber.

El agua cristalina nos adentraba en aquella selva remota y diferente; las voces se hablaban cantando y surgían desde el interior de los árboles y los escuchábamos en un eco que rebotaba y se perdía.

Desembarcamos en una pequeña playa, bellísima, que apenas era arena y era más un breve espacio entre el pasto y el agua. Todo ese lugar estaba increíblemente bien cuidado, llevaban una domesticación de la naturaleza mucho mejor de la que habíamos conocido en los nativos unas horas antes, aunque lo dudábamos, la noche anterior no nos podía haber parecido más larga.

Nuestro corazón, entonces, pareció olvidar todos los indicios de miedo y de incertidumbre, todo el mundo nuevo, constituido a imagen y semejanza del hombre.

Ellos eran hombres más diferentes al *hombre*.

No me tomó mucho tiempo darme cuenta de aquello. Apenas descendimos de la canoa se acercaron y nos observaron porque éramos notoriamente diferentes, y era además algo evidente que no buscaban acercarse a otro tipo de personas; con una extraña mezcla de hospitalidad y desprecio, querían que nos fuéramos, no nos daban una gran bienvenida.

Así estuvimos ante aquella gente durante largo rato, sin querer mover una sola extremidad para no dar señal alguna que se interpretara mal o en la violencia. Nos mirábamos todos, uno al otro, gravemente, profundamente. Su piel no variaba de una oscuridad completa, violácea; algunos tenían los ojos claros, celestes o violetas como los de Mayra, y su pelo largo caía sobre su tronco en una cascada de enmarañada de trenzas, en algunos muy oscura y en otros, rubios. Todos ellos, eso sí, indistintamente al color de sus cabellos u ojos, miraban no sólo nuestro cuerpo, sino también nuestros ojos y a través de ellos parecían analizar algo aún más intenso y profundo que lo que nosotros podíamos observar en ellos, como si no fuese la primera impresión que recibían de nosotros lo que les importaría, sino nuestra expresión.

Nosotros habíamos visto ciudades, generaciones de nuestra civilización que había iluminado las noches y se alzaba en un progreso que lo alejaba cada vez más de sí mismo.

En sus ojos había paz, se notaban impregnados de una inteligencia mayor, cada uno de ellos obraba de una manera increíblemente similar, y esperaban como una respuesta de los bosques a la expectativa de los recién llegados.

Esto se debe escribir en un libro. – Me dijo Elisa, impresionada como yo, sin apenas palabras aún para describir aquellos ojos que miraban más allá del ser que miraba en ellos, como mirando a través de un trance y un sueño.

Veíamos en ellos entonces páginas y páginas de vida, aquellas visiones que van más allá del tiempo que ven los ojos, abuelos y tatarabuelos, buscábamos los unos en los otros aquello que nos uniese, así como ellos tenían un diálogo inherente en ellos que los unía, entendíamos que buscaban alguna forma de concebirnos, algo en aquellos remotos paisajes mentales que nos hiciera comprender qué tan cerca estábamos, cuál fue nuestro gran ancestro, en qué página de la vida nos encontrábamos y en que página se hablaba de quienes nos éramos comunes.

Así estuvimos, no sólo unas horas sino largas horas, hasta que el sol nos fue cansando y ellos permanecían inmóviles, como si no les afectara en nada su estado meditativo.

Y cuando abrimos los ojos en un momento en que ya no podíamos tolerar el estar de pie, ellos se habían acercado un poco hasta ser lo suficientemente vulnerables para su examen.

Estábamos bajo la sombra de un árbol mientras nos abrían los ojos y nos tomaban de los brazos una y otra vez, nos recuperábamos, nos realizábamos un mutuo estudio; ellos querían comprender a aquellos que Mayra les había traído, nos desnudaron por completo y era sorprendentemente semejante la sutileza de los medios con que nos estudiaban a los que ocupábamos en las clínicas quirúrgicas, casi como un

protocolo establecido, Elisa habría olvidado casi completamente su enfermedad mientras nos mirábamos en una complicidad incierta y ambigua.

Luego nos dejaron. Se fueron en medio de los árboles sobre los que tenían una destreza única para escalarlos o avanzar a través de ellos en senderos bellamente decorados, y pude ver también su habilidad para la construcción de estructuras hechas de piedra y de madera que utilizaban casi sin intervenir en el crecimiento de los árboles, a veces éstos tan grandes que mostraban agujeros en medio de los troncos, seguramente realizados por sus propias manos, donde habrían hogares, o almacenes de alimentos, y el árbol en cuestión parecía estar completamente sano hasta la copa, sin apenas perturbarse.

Fue tal mi fascinación que no dejaría de describir ni a aquellos hombres ni aquella sociedad en una simbiosis hermosa con la naturaleza y entre sí, un progreso que hasta el momento no había visto, algo que jamás había visto en una tribu sin importar lo lejana que se encontrara de toda la civilización, ni que hubiera visto en otro país por desarrollado que fuese, ni que vería más, definitivamente, en ningún otro lugar.

Estábamos perplejos, y la risa de la pequeña Mayra que al otro costado de la orilla se reía tan despiertamente de nosotros con una risa que nos entibió en seguida y avanzamos a ella en una actitud de gratitud por habernos enseñado su entramado mundo, una vez que toda su gente se fue y quedamos junto a ella.

Si algún deseo ya, en esta vejez en que mis cabellos blancos, mis huesos y mis pensamientos se hacen cada día más débiles, sería volver algún día ahí. Me gustaría morir ahí. Y que mi espíritu se haga uno con la respiración de los árboles, y que los libros que escriba sean sobre aquellos nuevos hombres.

Los recuerdo cada vez que me encuentro rodeado de árboles. Cada vez que veo a alguna persona de color. Cada vez que algún niño abraza a alguien, la sonrisa de todas las niñas me recuerda a Mayra.

Veo el atardecer y quiero estar ahí.

Sólo ese día estuve en aquel lugar de felicidad. A la orilla del agua había una gran cantidad de aquellas cocinas que calentadas con el sol preparaban los peces que sacaban con las manos en el agua.

El lenguaje que hablaban no lo conozco y no guarda relación con ningún otro de la tierra, aún con los más únicos y distantes que existan. Todo aquel día fue caer en un trance musical propiciado por aquellas voces e instrumentos que no dejaban de cantar y de tocar en todo el día, pronunciando siempre una melodía distinta y que renacía de una manera nueva y diferente cada vez.

Era un sonido realmente curativo. Mayra nos guió a través de ese bosque en el cual nos fue muy difícil acceder, porque nuestros cuerpos no estaban adaptados a aquellas tierras difíciles y pantanosas. Entonces vi, o creí ver, un muy leve momento en el cual las trenzas cenizas de Mayra se ubicaron a un costado de su cabeza y dejaron ver sus orejas; eran puntiagudas, carecían de aquel tejido blando que recubre a los humanos como una

reminiscencia de los hombres primitivos y que hoy no les brindan servicio en absoluto.

Pero en ellos al parecer sí, si no me equivoco, eran lejos de ser una reminiscencia, y estaban aún activos aquellos músculos, y captaban frecuencias más bajas y más altas para que poseyeran aquella capacidad extraordinaria de captar sonidos lejanos e ínfimos.

Lo demás fue sólo espiritualidad; llegamos a lo profundo del bosque y ahí nos esperaban hombres mayores, ancianos que sin ser tan débiles como nosotros se mantenían en una actitud indiferente y desafiante, y no obstante serena y pacífica.

La música llegó hasta nosotros. Éramos el centro de una ceremonia cuya espiritualidad no tiene comparación. Nuestro corazón con Elisa era un solo corazón, y la reunión con aquellos que se aproximaron fue el punto más estrecho que me ha tocado, caí en una sensación apaciguada; Elisa caía en los brazos de un sabio – como Mayra les había llamado a través de las señas- que absorbía desde su cabeza una sustancia negra y pestilente, semejante al alquitrán, que escupió en la tierra y ésta la absorbió como se absorbe el agua salvo que después no quedaba rastro alguno de ella, siquiera la tierra mojada.

Inmediatamente supe que ella en adelante se encontraría bien. Cuando desperté me encontré en la cama de un hospital en medio de Río de Janeiro, no muy lejos de donde la embarcación había partido. Mi Visa se vencía, y Elisa no estaba conmigo. Me habían encontrado, como supe, en estado de coma pero completamente sano hace unos trece días, lo único que traía conmigo era un instrumento musical de viento, blanco como el marfil por dentro y de tinturas de múltiples colores por fuera, y no llevaba conmigo absolutamente nada más que aquello, salvo el recuerdo vivo que aún permanece en mí, porque es la verdadera historia de la desaparición de mi esposa, y no la muerte por la enfermedad que sufría que de uno u otro modo tuve que narrar a la policía para hacer una versión creíble y digna de estar en un archivo.

Si la historia que narro algún día es descubierta, dada mi edad y mis escasos días que estaré aquí, entrego este diario para dar mi testimonio; he bautizado, que por motivaciones e intereses no he atrevido a realizar, a lo que creo es una nueva especie, distinta a toda la humanidad que conocemos y que evolucionó de manera distinta junto a los hombres que cruzaron el estrecho de Bering, y que una vez en la selva se adaptaron a ella utilizando vivamente muchos órganos y músculos que a nosotros nos son inútiles, el *homo sapiens amozoniensis*. Pido a aquel que lea este libro saber que aquellos hombres y mujeres realmente existen, y que tomará años un estudio detallado y exhaustivo sobre su forma de vida y sobre su biología.

Por lo demás es todo lo que me queda por hacer. Mi trabajo está hecho. La reacción del mundo, por lo demás, suele no querer apreciar ni menos reconocer que tal vez no somos los más inteligentes, ni los únicos animales dotados de pensamiento abstracto, cultura y lenguaje. Pero esto será tarea de las nuevas generaciones, mucho más abiertas a compartir el

mundo y apreciar todas sus formas posibles sin resistirse a creer una verdad que haga temblar lo que ya les es seguro y definitivo.

Por ahora estas páginas han sido la historia de la mayor aventura de mi vida. He decidido terminar mi vida en medio de las clases sin hablar mucho al respecto, pero quién desee realmente saber, quien desee realmente aprender, quién tenga coraje para enfrentarse a lo humano; es en este sitio donde su visita dará frutos, perdido en el estado de Rondonia, terminan aquí las líneas de mis investigaciones en la selva.

XIII.- Canto y viaje al imaginario sur del mundo.

El desierto es hermoso. Eso era lo que necesitaban ver mis ojos, el reflejo vivo del anaranjado marrón que resplandece de las piedras del Atacama.

. Un lugar en el que pocas veces suele anidar la poesía, siendo que sus montes tienen una belleza en dónde nadie más ha penetrado, esos colosales monstruos de tierra están en todas partes.

El conductor del camión que me lleva ha estado hablándome todo el día de su familia, de su hija mayor y del tipo con el que se fue a vivir que no le gusta para nada, de su casa cerca de la capital y del camión que había comprado y que estaba pagando todos los meses utilizándolo para llevar mercadería de un lugar a otro y que este mes su destino era Bolivia.

De no ser por el favor que me hacía dándome transporte le hubiera pedido que se callara de inmediato, en especial si estuve toda la tarde haciendo dedo porque el ahorro era lo más importante para mí en esos momentos y viajar en camión sería lo mejor, le daría un gesto de agradecimiento, por supuesto, pero no sería tan caro como pagar el gasto hasta salir del país. Le conté que era un terapeuta que había elegido la antropología, de suerte que ella también me eligió. Pero pocas cosas podría entender aquel buen hombre a quién una compañía a través de las horas en la carretera disminuían considerablemente su tiempo de viaje.

Era luna llena aquella noche en que llegamos a Arica y debía ascender por el altiplano y cruzar la frontera. Me despedía de mi país en chinchorro, porque suelo frecuentar todo aquello que huele a momias y vestigios de lo que alguna vez fueron comunidades que se hacían con el arcilla y las herramientas, mientras comía algo al paso y la orilla de la playa también me despedía. De inmediato el aire comenzó a faltar. El sujeto me ofreció hoja de coca, nada mejor para superar aquel trastorno que debido a la altitud parece dejar exhausto a todo aquel que viva al nivel del mar, y que castiga con mayor apremio a quienes son más grandes y más fuertes.

El camino limpio del altiplano boliviano señalaba ya que nos encontrábamos en otro país. Grandes extensiones de tierra difícil había a cada lado, el espejo retrovisor había dejado atrás ya los hondos orificios sobre los que antiguamente corrían grandes ríos, y no podía ver más allá del cielo estrellado y cercano que parece ser desde los cielos de Bolivia, y un horizonte que me prometía todo lo que tuviera.

Al amanecer llegamos a La Paz. El camionero amaba llegar ahí, de inmediato me invitó a conocer los burdeles y los negocios en que venden cocaína, sólo para celebrar la llegada a una nueva tierra.

La Paz es una ciudad hermosa, un puerto sin mar que espera con nostalgia la llegada de los barcos, y sus casas parecieran haber estado ahí desde hace siglos con el ladrillo princesa resistiendo uno de los climas más fríos y adversos del mundo.

Había abandonado mi país y me encontraba en una tierra extraña y sólo llevaba conmigo algo de dinero, el diario y el instrumento que me había dejado el profesor. La sensación de libertad era impresionante, y Bolivia levantaba mi espíritu hasta cruzarme en sus vientos en una ráfaga dulce y fría, y toda mi vida tenía éxito junto a esas nubes tan cercanas que parecían ser hermanas mías, y que entregaban mensajes a los cielos para que me guiaran.

Nos despedimos y seguí mi ruta hacia el norte, siempre en dirección al norte, lo más rápido posible – *Benvinda ao Brasil*. – leí en la frontera misma con Rondonia, que limitaba a Bolivia con el Brasil en dónde aquella brújula descrita por mi maestro me dirigían, a un país sin límites conocidos.

Al entrar a Brasil la diferencia entre ambas culturas, las colonias española y portuguesa, son abismantemente marcadas. Me encontré solo, entonces, y pasé la noche en el apartamento de una brasilera que me invitó a entrar en él sin grandes preámbulos cuando le pregunté si conocía algún hotel donde fuera posible quedarme.

Aquello fue algo magnífico. Ella era enfermera y sabía hablar muy bien el español. - También soy terapeuta, pero he decidido estudiar la antropología. Investigo a las tribus originarias de Brasil. - le conté sin grandes detalles y ella mencionó sin duda alguna a las tribus aborígenes y las etnias que veían a menudo caminar o era frecuente divisarles en la profundidad de los ríos.

Yo me reí a carcajadas porque sabía que muchos grandes descubrimientos que se hacían eran cosa habitual para los lugareños y que de hecho tenían un vínculo semejante, por ejemplo hubo una vez un pez extinto que se descubrió vivo y que eran parte de la dieta habitual de quienes los pescaban en sus alrededores, no muy lejos de donde me hallaba, en plena amazonía.

Hay tanto del mundo que se ignora, tanto que ni el más grande abrazo pueda abarcarlos. Cosas que quisiera concebir la imaginación. En general no me quedé mucho tiempo en cada una de las escalas, sabiendo que el permanecer mucho tiempo en un lugar me desviaría del centro de la atención de mi viaje.

Pero en general llegué a querer muchísimo a esas personas que estuvieron en mi camino, gente de gran sencillez y que parecía más feliz a medida que las ciudades se iban alejando, y sólo quedaba de ellas una lejana distancia de caos.

Durante mucho tiempo no había disfrutado esa tranquilidad por un momento, tuve en general un contacto que el Brasil me entregó como salido del interior de su corazón de selva; el sol calentaba con más vida, miraba y en todas partes todo estaba vivo en esas calles negras a las que habían llegado todas las razas del mundo a quedarse y construirse, el corazón mismo de América del Sur.

* * *

Pasé dos noches con ella mientras resolvía leer un mapa de las rutas turísticas que ingresaban selva adentro. Nada de lo que había ahí, sin lugar a dudas, me resultaba útil, de modo que toda mi guía fue el instinto, escuchando y dejándome influenciar por los lugares en los que habrían visto seres fuera de lo común, tal y como describía Duval, observadores que probablemente en sus periodos de nomadismo llegaban hasta cierta cercanía con pueblos y pequeñas ciudades, decidiendo separarse antes de llegar desconfiados de lo que sería el encuentro entre ambos.

De este modo y luego de reunir medianamente las piezas de mi conjetura, decidí armarme de valor y peregrinar hasta el norte, apenas conociendo el nombre de las ciudades y los pueblos, dejando a un lado los mapas porque en ellos no se encontraba la manera de llegar.

Pero por lo menos las cosas coincidían, el sitio del descubrimiento, los avistamientos de la gente, los rumores de la gente...

De ese modo avanzaba, hasta el momento en que sólo tomaba pasajes en los buque-buses que son frecuentes dada la escasez de tierra que conecte unos puertos con otros.

Ya había perdido todo sentido horario, en qué fecha me encontraba, en qué lugar. Sé bien que a partir de este minuto ya no pensaba bien las cosas, y logro admitir aún que mi consciencia se hallaba con un grado de ansiedad bastante mayor. No sabía cuánto tiempo habría iniciado el viaje, mucho menos de seguro de lo que yo podría suponer, esperaba ser dueño de un descubrimiento y la vida, en su inestable capricho, había resuelto llevarme a un confín solitario.

Probablemente, - pensé en cierto momento - nunca los encuentre. Es muy posible, voy de pueblo en pueblo; quisiera ver a alguien con esos rasgos; piel violácea y oscura, ojos violetas, pelo rubio.

Ante mis ojos, serían invisibles. Lo noté una tarde desde la ventana, cuando recorriamos una curva al pie de un monte que cruzaba la selva. La distancia mostraba un libro abierto del ecosistema virgen y magnífico sobre el cual el astro chocaba en una multitud de colores verdosos y grisáceos para perderse en un horizonte de niebla, un espejismo.

Más allá de aquello los pájaros rendían una canción de melancolía al atardecer que recorría el cielo y que capturaba mi corazón en un duelo por momentos desgarrador y prisionero de una contemplación que se hundía en la belleza milenaria de las colinas, vestidas hasta la cima con los más pequeños helechos y arbustos, los antiguos árboles, los nidos de los pájaros y de los roedores, había sombra y luz en ese instante entre los árboles que apenas se abrían a ser vistos, y sólo gustaba de mostrarse en una simetría siempre verde, clara u oscura, sólo gustaba de mostrarse para la tranquilidad de los seres vivientes. Aquí la vida no tiene la cicatriz del asfalto, la herida abierta de la industria, incluso la muerte era una circunstancia estética que transcurría sin ser juicio o resurrección.

Quería saber cómo hacer sonar el instrumento y probaba de múltiples maneras, quizás estaba estropeado y no sonaba a fuerza de emitir por instantes uno que otro gemido penosamente musical, pero no era nada semejante a una flauta u otro instrumento aerófono que conociera.

Los días eran más ásperos con el viaje, y al separarse del mar todo cobraba un calor insoportable y tibio durante la noche que el clima regulaba en base a lluvias breves y constantes que dejaban su rastro en las hojas que pronto evaporaban y lo secaban todo de nuevo.

Conocía gente de todos los lugares del mundo, barco a barco, la luna entraba por mi dormitorio a veces mientras la nave avanzaba siempre en medio de la multitud de brazos con los que los cauces se conocían unos a otros, e iluminaba los árboles siniestros, y daba forma al caos de la niebla que permanecía y se iba, cada vez en una geografía menos organizada, cada vez más remota, más cercana a la fantasía, más abrupto el levantarse de los árboles, más primordial. Más virgen.

El corazón de América lo vivía en el silencio mucho tiempo, un inusual silencio a través del río desde el cual un gran espíritu observaba a través de los ojos de los reptiles y los oídos de las aves, tocaba con sus troncos, besaba con sus hojas como labios de calor de sol, y había paz en todo ese viaje a través de mi propia sensibilidad, silencio y soledad que acompañaban el ruido sagrado y la compañía de los pequeños mamíferos y los insectos.

Pronto descubrí hallarme en sitios que no figuraban en el mapa, observando con toda la claridad a los turistas que viajaban en un recorrido casi siempre único en su vida y que disfrutaban con la misma serenidad que yo, otros cuya vida dependía de cruzar la selva a través de todo el continente, otros cargaban mercancías hasta las ciudades más lejanas y fundadas tercamente en la vastedad de la selva.

Recordé la sensación de ser un niño, la misma niñez en una fuerza todavía inquebrantable por la cultura y por la vida misma. Había un paraíso en mí manifestado por los colores de las cosas; por ejemplo alguna mariposa que dejara sus huevos al calor del sol, sobre las hojas, por un momento inclinada sobre sí misma en devoción a su creación, huevo a huevo, y luego el vuelo de una madre que olvidaba y celebraba con un aleteo particularmente feliz de ser tal vez liviana de nuevo y parte exitosa de la trama de la vida.

En un robo burlón los macacos cayeron hasta la superficie, del que les saludaba todavía, hermano de sus gestos infantiles y muecas. Entrando y saliendo de los árboles en los que a mis ojos desaparecían.

Sin embargo todas las cosas desaparecían al ritmo del viaje y aparecían por otras partes, disfrazadas de liana, tronco, hoja u otra cosa, al compás del mimetismo de los seres que son un orden aleatorio.

Yo no soy más que tú, primo. El macaco ejercía una gimnasia desde su cola y me observaba boca arriba, su gesto transmitía un tipo de lenguaje sincero y explosivo, y se perdió detrás. Sólo quedamos la lejanía y el dorado baño del sol en un silencio tenue, y todas las cosas eran la sombra de otra cosa, las aves migraban con su plumaje fidedigno al cielo, habitaban las nubes rápidas como las horas, la compleja sencillez de todo. Descubrí que el instrumento era hueso, y no madera, dado que en un momento la niebla mojó la superficie que le coloreaba, y era obvia la forma interior ósea, de un animal viejo, supuse, dada la porosidad que probablemente le brindaban su sonido etéreo.

Podía pescar. Cazar. Recoger todo fruto que encontrase. Jamás imaginé estar dentro de cualquier libro que leí, saboreando las semillas de una realidad en cada sitio de mi lengua, cada color tenía un nombre, a todo agradecía... ¡Estaba vivo! Era libre y había llegado a destino, tal vez sólo eso deseaba mi mente; vida y viaje, lo que nuestra identidad necesita para apagarse de una lucha inútil contra el mundo y renunciar hasta caer a una órbita primitiva, donde necesitamos fuego y sol, agua y luna, huevo y flor.

Y tuve el sentimiento de la proximidad de la muerte, cuando es la muerte en paz, absoluta.

Quedé en una cabaña aquel día, que compartía con viajeros y con nativos vestidos con piel y plumas, en una identidad con cada animal, en una relación de amor con su hogar sin rejas, vivos en todo, escuchando lo vivo, viendo lo invisible. Desde el gesto sólido de su cara y su piel siempre descubierta colgaban piedras preciosas, ornamentos minuciosamente tallados como el regalo de un artesano que modelara su reverencia a los soles, tan inútiles en ellos para mí, como ante el gesto en sus ojos mi propia ropa y mi mochila.

Entonces tomé el instrumento y esta vez mi boca tomó la forma precisa en que suavemente mis labios se posaron sobre aquella madera blanca y emitieron un sonido impresionantemente armónico que lo recorrió todo, toda la oscuridad alrededor. El sonido era imposible de apreciarse entonces como surgido de aquel sencillito trozo de hueso.

¿Me habrían estado siguiendo? Sintieron el sonido del instrumento y entraron. Sentí su odio antes, sin embargo, y escapé por la ventana.

Vinieron armados. Sólo llevé conmigo el instrumento y el diario del profesor que siempre los tenía junto a mí. Dispararon a mi habitación, vinieron armados hasta lo imposible y me encontraron.

Sería inútil pedir ayuda. Inútil escapar. Querían el instrumento, quizás, más que mi cadáver, mucho menos valioso. Ellos dispararon. Corrí hacia la oscuridad. Sentí aquel bramido que corrompió la noche... si me dieran era mejor la muerte, terminar con todo esto y que las raíces purifiquen mi espíritu fugitivo. Corrí hasta perderme, todo lo que pude correr... nadie vendría en mi ayuda, nadie en esos horizontes que son del narcotráfico, ayudaría por miedo al compromiso con negocios que piden y merecen sacrificio. La policía, de todas maneras, llegaría en dos o tres días. Sólo el instinto, la supervivencia, tomó aquella decisión por mí. Corrí hasta que las fuerzas ya no me lo permitieron, y no logré reconocer nada alrededor salvo la oscuridad permanente, silenciosa y violenta del lugar en que vivían anacondas y yacarés a los que sería presa fácil y sabrosa.

Sentí la misma descripción que pocos días antes en el momento de mi viaje habría leído en las investigaciones de Duval, aquella sensación que evocaba a la traición propia, a la reconciliación, el sentimiento de estar frente a la muerte.

Algo dolía en mí, la transpiración y la angustia colmaban, un grupo de avispas rojas había en mi pecho hechas de todo lo violento y de todo el egoísmo.

Pero eran otras culpas, otros arrepentimientos, todo negro, sentía una sustancia pegajosa una vez que mi cuerpo se hubo enfriado, caliente y de sabor amargo,
Sangre... me dieron, seguramente me encontrarían ahora que no podía levantarme.

Todo lo que recuerdo fue entregarme a la noche y soñé todos los días de mi vida, de nuevo.

En él veía todos los sistemas de mi cuerpo trabajando en una armonía completa y necesaria, crecía de todas las formas posibles, en todos los seres tuve una reminiscencia, y tuve por un momento el brillo divino de comprender la vida; algo lejos de lo insignificante, la ciudad y la rutina habían apagado en mí todas aquellas luces que sólo me mantenían vivo como maquinaria rumiante y constante, sin ninguna pasión más allá de la materialidad pura y obligatoria.

Subía mi fiebre y pude ver mis propias manos hacedoras, cinco dedos en cada una que se movían al ritmo de mis instrucciones. – He regresado. – Decía mi propia voz en un pensamiento más allá de mí mismo que lo entendía todo. – A lo primordial he regresado, he viajado a comprenderme tal y como soy;

simio, primate, bípedo, abstracto...

momento de lo negro

siento el abrazo de la tierra,

su voz y majestad,

canto gutural

un solo pulso de planeta.

Alcancé a tocar el vacío de los enjambres de soles,

El golpe desde el corazón de la piedra, el tambor que resuena desde la sombra de una diosa bailando en el vacío,

Y aquella conexión no me volvía vulnerable ni insignificante, era consciente de que alucinaba un profundo respeto de todo lo que iba más allá de lo que percibía o pensaba; me sentía grandioso, único, las bestias me temían y la luna tenía un rayo de su luz solamente para mí en esa oscuridad incomprensible en la cual me sumergía tan profundamente como podría en mis propias pesadillas, mis propios recuerdos de vidas anteriores, anteriores a la humana, diversidad de animales, plantas y gotas de vida en una charca de materia primitiva esperando taciturna las condiciones para florecer y nadar en la profundidad, reptar y caminar finalmente en dos pies que cayeran desde la altura de su orgullo en una abrupta caída de milenios hasta esa repugnante, fría y húmeda esquina de la selva.

* * *

Perdí el conocimiento, luego, porque dormí sin soñar y cuando desperté apenas reconocía la identidad en mis ojos y carne, estaba vivo sin embargo y en un lugar hermoso.

Al principio creí estar ciego en el lugar oscuro y húmedo, en el mismo lugar en que dormí. Pero no, bastó avanzar un poco para contemplar la luz del sol que centelleaba.

El vértigo vino desde mis pies y hacia mi cabeza y me incliné hacia atrás porque me hallaría a unos cuarenta metros sobre el suelo. Apenas lo creía, me encontraba en el hueco liso sobre uno de los gigantescos árboles del Brasil que sólo pueden verse a través de fotografías que se toman muy remotamente a través de los gigantescos pulmones de la verde selva.

No podría saber, de ningún modo, cómo hasta ahí habría llegado, cómo salir, el tronco grueso y firme impediría mi descenso; como fuera, preferí observar la visión maravillosa desde el alto árbol, más alto que la media del bosque, y las copas de los árboles se desplegaban como un océano verde hasta perderse en el horizonte o en los montes que en aquella geografía se levantan abruptamente, sin explicación. Cerca de mí el verdor se hacía más opaco en una línea que cruzaba de norte a sur. Pero no estaba solo. Y tardé en darme cuenta. Sonreí al ver en otros árboles figuras semejantes a las que buscaba que desde luego habían observado mi comportamiento antes de que despertara.

Sólo entonces vi lo que era obvio, cuando una gran cantidad de aves emprendió vuelo hacia lo alto por el canto humano que venía desde abajo, una pronunciada escala había fabricada por manos humanas en la corteza del árbol.

Decidí entonces emprender el descenso durante el claro día, pronto no volví a tener el mismo privilegiado panorama de la altitud, las manos se fueron volviendo torpes y apenas sostenían el peso de mi cuerpo. A medida que bajaba noté que no obstante, había más grietas en los troncos, y lugares en los que podría descansar mi descenso unos momentos.

Iría casi en la mitad del árbol cuando la lluvia del trópico comenzó a caer, respiré profundo resistiendo de buena manera el agua tibia, evité mirar hacia abajo temiendo una reacción adversa de mi cuerpo ante la altura. Estaba agotado cuando divisé el suelo, mis brazos se habían acalambrado y mis energías eran vagas, tal vez siquiera habrían asumido que pudiera descender.

Sentía la observación de cientos de ojos a los pies de aquel árbol que apenas podría creer en altitud y grandeza. Y había sentido aquello durante todo el descenso, pero no podía percatarme ni apreciar el ojo distante que lo hacía.

Sentí, tal vez, un desequilibrio interior, como si quedase ciego y sordo y la vida exigiese la misma destreza de sentidos que habría utilizado mi vida entera.

Ciego porque sabía que había algo más para ver de lo que creí estar viendo, algo más allá de los ojos, escondido entre la densidad y población de seres vegetales e insectos.

Sordo porque los sonidos significaban mucho más de lo que alcanzaba a escuchar. La voz de la selva viajaba entre los árboles con ecos que imitaban a los monos, al viento o a los pájaros.

Aquella sensación no podría olvidarla; extraña, verdadera. Tal vez aquello es lo verdaderamente científico, la explicación, el descubrimiento; los objetos de la ciencia en una lente capaz de ver más allá y sentir lo que no

sienten los sentidos humanos, el control sobre lo observado, el dominio sobre lo observado.

Y tal vez ese momento fue todo lo contrario; yo era el objeto de estudio, lo prisionero, lo inexplicable, lo entregado al comportamiento puro y sin interferencias. ¿Sería el momento, acaso, de mi mayor esperanza espiritual, tal vez en la ignorancia de lo que en mí mismo residía de incognoscible todavía?

Avancé sin miedo, sin embargo, en dirección al sol y al verde más oscuro, porque es el lugar en el cual hay agua cerca.

Caminé poco y consiguiendo evitar tropezarme o herirme con las piedras y las raíces que a menudo emergen de la tierra, sorprendentemente seca siendo un clima tropical y pantanoso.

Crucé entonces un arbusto que me separaba del espacio iluminado, y más allá había la costa de un río que mezclaba arena y pasto a ambos lados de su cauce.

Nunca estuve solo. Nunca en ese río, los hombres y mujeres de cuyo canto había escuchado su rumor en medio del sueño, se encontraban como se encuentra un tesoro que siempre estuvo ahí, y me acerqué lleno de fascinación y asombro.

Aquí estaban, hombres y mujeres se bañaban en el río y parecían rescatar piedras preciosas del agua, y en la arena salía el vapor de lo que cocinaban en las piedras. Se reunieron en un círculo, me hablaban en su canto, se hablaban entre ellos en su canto hermoso, no nos entendimos en un principio y noté su carcajada en las miradas risueñas que pronto me ofrecieron pescado, un plato de lo que habían cocinado. No les entendía nada, pero notaba su cariño.

Durante los siguientes días me fui involucrando más con aquellas personas, lo que en un principio fue llegar a un sitio extraño pronto lo reconocía mejor, me orientaba más y me adaptaba a una sociedad muy distinta a cualquiera que hubiera conocido o estudiado.

Era cierto que la tez de su piel era un violeta muy oscuro, era cierto también que tenían el cabello y los ojos claros. Sobre todo, las mujeres eran asombrosamente hermosas, todas ellas tenían un caminar demasiado femenino y el canto en el tono de su voz me llevaban a sentimientos que jamás sentí por una mujer de mi raza. Pronto me di cuenta de que las amaba, y me acercaba a una de ellas que aparentaba tener una edad similar a la mía, y observaba sus ojos intensos cruzar mi alma mientras me enseñaba pese a mi torpeza, a capturar los peces que ella podía bien divisar y atrapar con una gran agilidad. Duval habría estado muy enamorado de su esposa, desde luego, para no mencionar una palabra en su memoria sobre la belleza de aquellas mujeres femeninas en todo, en su gesto, en su voz, en su caminar, en el grueso de sus labios y en el tono de su piel seguramente ensombrecido por el sol y por todas las adversidades que los años y la selva les obligaban a enfrentar, sus caderas y cintura en un diseño mágicamente natural para la crianza, su cuerpo destinado a enamorar.

No me di cuenta en un principio, intentando tener una lógica sobre ellos, pero el lenguaje en que se hablaban no era hablado en lo absoluto. Me

percaté de ello observando el instrumento que conservaba en mis manos y que fue, como tarde advertí, el medio mediante el cual me encontraron. Todos ellos poseían al menos un instrumento que hacían sonar con mucha destreza, desde los niños, hasta los más ancianos.

Su lengua no guardaba relación con otra, porque era absolutamente musical. Todos en su habla emitían tonalidades e intervalos que significaban algo, los agudos y los graves significaban cosas distintas, y la relación de unos sonidos con otros daban a entender mensajes distintos, razón por la cual creo, y de acuerdo a la teoría de Duval, ellos conservaron sus orejas en forma de punta, porque las necesitaban así; finísimas y sensibles, capaces de escuchar frecuencias más allá de las que solemos escuchar.

Y esto les brindaba, además, una belleza única, un atractivo de semidioses que oían su propio corazón, su propia sangre correr dentro de su cuerpo, el más pequeño paso de un insecto, el más lejano grito de auxilio que pidiera alguno de los suyos.

Ese era el motivo por el cual no había palabras en sus diálogos, los altos y los bajos de los sonidos que provocaban sus gargantas eran las palabras que se hablaban, que con el tiempo las fui entendiendo mejor; les reconocía cuando se preguntaban, deslizando la voz hacia el agudo, cuando se suplicaban, cuando se enfadaban en tonos más graves, y cuando se expresaban muestras de afecto enamorado, desilusión, emoción. Incluso fui acercándome entonando a veces imitando sus gestos, comiendo con ellos, jugando con los niños cuando por el día eran dejados a la orilla del río.

Lo más impresionante eran los niños; ellos no tenían padre ni madre, no había una noción de familia entre ellos, toda la tribu cuidaba de los cachorros, y algunos de ellos se habían especializado en su cuidado, tanto mujeres como hombres; los más viejos, los curanderos, vivían en lo alto de los árboles, en los huecos en cuyo interior había despertado cuando desmayé y podían moverse y desplazarse con absoluta facilidad aunque no les era necesario, gracias al servicio que velaba por ellos en toda la tribu.

Iban a envejecer a lo alto de los árboles, cerca del cielo, y veían desde allí los días y las noches en un estado de profundo recogimiento y de meditación. Aquellos eran los más altos espíritus que hubiera visto, la tribu entera acudía a ellos cuando necesitaban ayuda o consejo (desde luego que fue por su aprobación que yo fuese rescatado del pantano, de lo contrario hubiera muerto), y estaban acostumbrados a la impermanencia de la vida en esa aptitud de serenidad, podría decir que esos ancianos eran perfectos.

Ellos eran inteligentes. Pero no una inteligencia abstracta, dudo que creyeran en dioses o ficciones. No tenían sistemas de comercio, no se compartían alimento o agua; vivían en una clara emancipación de la individualidad, porque el logro de uno era el logro de todos, de esa manera todos comían, todos se refugiaban, todos se conocían.

Aprendí sus juegos, tenían una gran cantidad y no tardaba mucho tiempo en comprender sus reglas, eran todos muy lúdicos y gustaban de todo lo que les reuniera; pero no obstante estaba solo, me hallaba fuera de su sociedad, fuera de su comunicación. Se acercaron los ojos de aquella muchacha que transmitía signos con sus manos; y fue sorprendente, mi mente se había acostumbrado ya a la lengua de sonidos, pero ella me preguntó en el lenguaje de las señas. - ¿Cómo te llamas? - Respondí sobresaltado. - Estéfano. - Dije, pero ella no entendió. Repetí otra vez pero no entendía mi gramática, hasta que decidí escribirle mi nombre en la arena. Ella entendió, aunque mi nombre desde luego no le resultara familiar y de seguro sería para ella una suerte de fonemas forzosamente unidos. Ella también escribió su nombre (tenían nombres, como no me había percatado) - Mayra. - escribió.

+ + +

Y yo estaba enamorado de ella, de la niña que hace diez años atrás había viajado por alguna suerte hasta los territorios de la civilización y había guiado a Elisa y al maestro durante un breve viaje hasta esa sociedad perdida en la selva, en la cual nadie más había ingresado o regresado. Ellos habían sabido llevarse bien con los bosques, levantaban puentes que los veía cruzar de orilla a orilla del río, pero ningún muro. Ni siquiera hubiera imaginado, en todo ese tiempo, haber llegado hasta el descubrimiento de lo que me proponía. Es poco habitual que la vida siga el rumbo de lo que se es planeado, anticipado, y por lo general es el azar lo que determina y da a forma a lo que finalmente se llega a ser. Si hubiese estado en otro momento, si quiera hubiera corrido el riesgo de atreverme a partir desligado de todo a lo que estaba acostumbrado. Y ahora estaba ahí, en medio del baile y la borrachera que me unía en un ancestral viaje a los pasos originales que se desviaron de nuestra familia, junto al calor del fuego que mantenían siempre vivo y del que Mayra era una especie de sacerdotisa. El fuego me iba hipnotizando en su consumo siempre noble, fuego que se mantuvo ardiendo quizás antes de mi nacimiento, fuego que brindaba una suerte de serenidad espiritual al orden de nunca apagarse, despertaba de repente sólo porque recuperaba el instinto ciertamente despierto en ellos de cuidar el fuego, y luego volvía a dormir.

Nunca hubo en ellos un gesto de desprecio, de celo al acercarme a las mujeres, ni había en ellos egoísmo en su política; la manera en la cual utilizaban la cerbatana, escalaban los árboles, trituraban y mezclaban los jugos de los frutos en una maniobra que sólo su delicado aislamiento y fértil uso de las herramientas les hacían crecer y prosperar. Después de todo, no eran muy distintos a cualquier otra raza, cualquier otra civilización americana que dominara la astronomía, la agricultura y el desarrollo de las artes. Aunque se hallaban en un intermedio entre tribu y sociedad; ese lugar era una especie de capital a la que llegaban después de viajes que hacían en el interior de la selva que no logré comprender, para llegar al fin a aquella tierra que estaban en todo momento dispuestos

a dejar y a retirarse en búsqueda de nuevos horizontes, ajenos a cualquier sentido de la propiedad, abstraídos en lo sagrado de una vida breve cuyo sentido lo vivían entregados a una suerte de organismo mayor formado por todos y del cual no podían separarse.

Observaba como cazaban macacos cada día. Observaba cómo les enseñaban a los niños a tomar los arcos y la cerbatana y apuntar con destreza. Cómo las mujeres aprendían a zambullirse y bucear en búsqueda de peces. Como utilizaban su piel para confundirse y ser depredadores más astutos que la serpiente o los felinos, que no acostumbraban a visitarlos.

Las noches me visitaban, y la luna era lo único que me uniera a mi vida anterior.

+ + +

Y si regresara al continente. Si regresara a ese lugar que me parecía hoy repugnante, asqueroso. Volver a la lucha en la cual nunca se sale victorioso, volver a la falta interminable del amor en las ciudades.

Aquí la dieta es mejor que en cualquier otro lugar, cada día algo distinto, mejor nutrición de lo que se puede ver en la agricultura y en las farmacias, una vida sencilla, una vida en paz.

Y dejar aquel lugar dorado en los colores más diversos, en los amaneceres más claros, dónde una sonrisa me llevaba durante todo el día a una felicidad que no sentiría en otra parte. Parecían no quererme ahí demasiado tiempo.

Y sin embargo, oh Mayra, te amo como jamás amé a alguna mujer, amo el ritmo y la melodía con que me hablan tus labios algo que jamás comprenderé, porque no tengo los oídos para escucharte, ni tengo tu piel, ni hablo tu idioma, porque me siento un animal falto de espíritu ante ti. Como si los homínidos primitivos conservaran rasgos de monos, así estas mujeres de la selva conservaran rasgos humanos hacia algo más divino y genéticamente mejor.

Sólo me he visto arrojado, desperté un día aquí como me despertaría de la muerte. Sentí el impacto de una bala y ya no tengo ni cicatriz ni dolor, como sanado por manos de ángeles viejos y curanderos que no he visto, estoy en una suerte de ciudad biológica. Es más a mi parecer lo que el medio se adapta a sus condiciones, de lo que han necesitado destruir para realizar su civilización.

Ahora mis días aquí se acostumbran a observar las costumbres cazadoras y recolectoras. En un principio me devolvía pronto cuando, poco antes de la salida del sol, salían a lo profundo de la selva a cazar mamíferos y alcanzar con sus herramientas a las aves que a mi vista eran ciegas o alcanzar los frutos, nueces y bellotas, fruto de no poder seguirles el paso en las grandes distancias que recorrían.

Sus habilidades físicas eran extraordinarias, más allá de lo que hubiese visto en los mejores deportistas, en los maestros de las artes marciales, caminantes incansables que seguían con toda propiedad la entramada red de árboles, que podían caminar distancias, incluso de unos cien kilómetros en un solo día, para traer de vuelta el alimento que encontrasen y compartirlo con aquello que los otros hubiesen encontrado. ¿Quién era yo

para ellos? ¿Quién era alguien que no era diestro en imitar el canto de los pájaros y que éstos se acercasen? ¿Quién era alguien que pensaba demasiado en una lengua monótona y no podía muchos menos verse reflejado en la altura efímera de los rayos que cruzan a las nubes? Alguien que no puede recoger y discernir los hongos venenosos de los comestibles, los animales peligrosos de los mansos, no podía recoger los peces hábilmente del agua y sentirlos morir entre mis manos en una batalla limpia y escurridiza. ¿Quién era aquel que decía la *selva*, la *música*, la *palabra*, y tomaba por reales aquellos seres y cosas que sólo estaban en su imaginación? ¿Quién era éste que vivía envuelto entre ficciones que sólo eran reales en su mente?

...Y sin embargo en mi civilización son tan reales aquellas ficciones! y más reales que la muerte y que la respiración. Todos los partidos políticos, leyes, derechos, países, universidades e industrias son sólo seres que existen en nuestra imaginación de sapiens, no muy distintos a los monolitos de piedra, y aunque cueste creerlo, la mentira de nuestra evolución.

Tal vez esta era la prueba con la que coincidía con mi maestro. Ellos no creían en su sistema de lenguaje en cosas irreales, como derechos o países, o dioses, porque su cerebro había evolucionado de una manera distinta, su dios no era algo en lo que creyeran o no, a lo que esculpieran monolitos o entregaran ofrendas, su espiritualidad estaba en una íntegra relación con toda la vida; sólo sus nombres, por ejemplo, sólo pequeñas señales de pensamiento no sólo abstracto, sino además ficticio había en ellos como algo que creyeran real; pese a que no todos tenían nombres, ni siquiera se llamaban unos a otros con ellos, sino más bien una rara manera de clasificarse entre quienes sabían sanar o quienes eran mejores en la recolección que en otro tipo de actividades. Se trabaja además, mucho menos, por la mañana se caza, se pesca, se sacan frutas, la mayor parte del día se dedica a la contemplación y a la vida misma... ¡Qué sentido tuvo toda mi especie, cuando ahora somos mucho menos felices de lo que tal vez fuimos en los orígenes de la historia! En ellos no había culpa, sentido del pecado o de la victoria, no había algún recuerdo colectivo de *caída*, de ser creados, de ser olvidados por algún Dios.

Aún y si volviera... no hablaría una palabra de ustedes. Aún y si volviera, y mi vida fuera terminar aquella constante tortura de la libertad, podría convertirme en el próximo Darwin. Pero mi espíritu no lo permitiría, no me perdonaría lo que seguramente harían con tan valiosa cultura, ¿Acaso valdría la pena, dar a enseñar aquello que se escucha más allá de la selva, la voz de seres inteligentes que se hablan en cantos?

Y un día fui invitado a las copas de los árboles, lleno de fascinación, vería a los ancianos. Mayra decía que la anciana había venido fuera de la selva, como yo.

Trepé con dificultad a los árboles sagrados, tan claros y blancos, acabado con la altitud de los árboles, apenas respiraba. Tomé al menos, descansando por minutos, aliento bajo la paciencia de aquellos hombres, hasta que llegué a la cima y descansé antes de levantar la vista.

La anciana tenía ropa, como ninguno de ellos, arrugas en su cara y cuerpo sobre las que el sol reflejaba una sabiduría vieja como la de aquellos árboles y que coronaba el canoso pelo largo que alguna vez fue pelirrojo. Venga. – Dijo en español. En una mezcla de sorpresa y miedo me acerqué. El olor de un incienso que invadía desde el interior y la profundidad del tronco la tenía aletargada en una especie de trance en cuya mente no era más ya su mente sino una mente colectiva con el árbol, alguien a través de cuyos ojos el árbol viera y sintiera como animal, algo a través de lo cual los sentidos humanos se adueñaran de una seguridad mística a través de la vida como si conocieran la muerte. La anciana era blanca. La anciana era sapiens.

Escuché tu silbido hace veintisiete días desde aquí, y los demás se preguntaron, ¿Quién será el que pide ayuda, si estamos aquí, quién habla nuestro lenguaje? Y pedí que fueran, y te trajeran. Déjame preguntarte; ¿Cómo has conseguido la irla, tú que eres extraño?

Entonces vi el instrumento que tenía en mis manos, la llamaban irla. Pero ella antes de responderme, tomó los papeles del diario que llevaba, y lo entendió todo.

Mi nombre es Elisa. ¿Conoces a Marcos?

Yo fui un estudiante suyo.

¿Cómo está?

No supe cómo responder. Mis ojos se llenaron de espanto y la piel se me erizaba.

No necesité responder. Ella miraba todo signo en mi cuerpo, y mi cuerpo decía más con sus señales de lo que podría decir con mis palabras, a razón de haber envejecido con ellos.

Había intentado regresar muchísimas veces, pero finalmente creo que sus desórdenes mentales le ganaron. – Dije a falta de otra cosa poder decir. Ella reía mientras observaba cada línea de las páginas. – No, él no estaba loco. Siempre desee haberlo vuelto a ver. Siempre nos habíamos despedido porque cuando llegué aquí mi enfermedad era terminal, aquí me quedé. Él se fue, porque su deseo de dar a conocer esta civilización era su logro como investigador más deseado.

Y lo hizo. – contesté. – El instrumento que llevó fue una prueba fehaciente de la existencia de esta especie, y además, hubiese necesitado material genético para entregar una demostración final... – Entonces mi cabeza tuvo una iluminación, si pudiese llevar a la civilización material de sus tejidos, entonces convenceré a la comunidad científica de que realmente son una especie diferente. Pero ella, con sus ojos, acalló aquellas divagaciones de mi mente.

Yo también creía que enseñarle a la humanidad este paraíso sería lo adecuado, – miraba a mis ojos como si mirase el horizonte, con una ternura que casi me impedía mirarla a los ojos también. – Pero no. Los he estudiado mucho tiempo, aquí, su evolución fue muy distinta, ellos no tienen miedo, ellos son incapaces de odiar. Nosotros, los sapiens, lo intentamos; los hippies, por ejemplo, toda la contracultura son fuerzas humanas que luchan por los principios pacíficos, que siempre están ahí latentes. Pero nada ha podido hasta el momento enfrentar, ni el arte ni la

razón, el poder que tiene el lado más primitivo del cerebro sapiens que regula la agresión, la ira y el miedo.

Entonces vino a mi cabeza el diálogo con los soldados que enfrentaban a Duval, entonces Duval bajó de su estandarte de héroe... en cosa de un segundo él quería la gloria sin más, quería la fama a toda costa. Se encontró a sí mismo entre la espada y la pared cuando, tal vez por deseos más ambiciosos, fue obligado a abortar su carrera.

Él era un gran científico. – Me repitió la voz de la anciana. – Era visionario pero poco realista. Gracias a todos los dioses que no logró lo que quería. En una mezcla de nostalgia y felicidad lo dijo. Tomó mi mano y sentí su cariño transmitiéndose desde los árboles, todo el amor de la selva. – Le extraño, a veces. – Al calor de esos días continuaba aprendiendo todo lo que hacían, pronto iba comprendiendo mejor lo primordial que había en ellos para ser quienes era, su lengua.

Probablemente, me dije, seguramente vendrán armados, ellos vendrán levantando fuego, ellos vendrán con el dinero avaluándolos. Pondrán límites a sus tierras, robarán todo lo que son ellos. No se hará lo que mi esperanza ansía; su protección, su estudio. ¿Respetarán acaso sus derechos humanos, tratados como humanos, si acaso pudieran concebir ellos reales los derechos como lo son el sol, la vida y la muerte? Aquello no será bastante, por lo demás, a cambio del tesoro viviente que ha llevado milenios tomando de la tierra lo que necesitan y devolviéndole lo que necesita cuando les corresponde.

Les pondrán cadenas cuando intenten, inevitablemente, rescatar toda esta belleza. Les impondrán leyes cuando ellos, obligados a dejar su idioma y su música, sean involucrados en una civilización que les hunda a lo más bajo que conciba.

Sólo habría espacio para un ser humano en la faz de la tierra, como ha sido siempre, como lo es hoy. Todos mis días pasarían en una oscuridad y soledad desesperantes para un antropólogo, acostumbrado a estudiar la verdad en los demás. Es demasiado hermosa esta felicidad, más que humana... aquellos, que no puedo llamar hombres, serían más que hombres en mi recuerdo, eran sabios, todos líderes; no tenían derechos humanos, tal vez porque eran reyes de la evolución con un derecho divino, una especie que no merece el deshonor de ser llamada humana. Era un destino manifiesto en ellos su extinción, sólo traerían enfermedades a los que no están adaptados, sólo una gripe podría matarlos, acaso me necesitan, de vez en cuando, porque la naturaleza no es absoluta y saben bien que de no mezclar su sangre con la de otros, van a desaparecer.

Entonces Mayra tomó mi mano con su larga mano, tibia mano de una hembra exótica, sus caderas y cintura intactas para tener hijos. Sus ojos brillaban. Su cuerpo me entregaba al agua que estaba fría para mí, hasta lo más puro y profundo se estrelló aquel frío de la noche que ella abrazaba y calentaba mientras poco a poco, investigaba esa belleza más allá de lo que la mujer era para mí.

Ella creía que el agua tenía sentimientos y deseos, como todo ser viviente. Qué insignificante fue para mí el amor toda la vida, pero había algo aquí

que era amor, cuando su calor hervía las aguas de la taciturna noche, extraño abrazo de una raza lejana y severamente diferente; si podríamos tener hijos, si éstos serían infértiles, si acaso tuviera en mi genética lo de neandertal o denisova, prueba de la falta de lo absoluto de la naturaleza, en esas aguas quietas sentía la reverencia de todos los seres, nadamos en un nado a través de esas aguas perdidas y vacías y estaba en el origen de lo que fui, no necesitaba más lenguaje que el signo o la voz para saber que nos unía la atracción, el color de aquella honestidad, el calor de esa fogata interior que se llama amor.

Sólo la luna acompañaba nuestro encuentro entre el silencio.

+ + +

Tenían razón aquellos dictadores. Tenían razón mis enemigos. Tenían razón. Ellos. La selva, Samanta, los árboles... regresar los amazones, sapiens, la vida, lo inevitable Mayra, el miedo el amor la risa, el fuego el fuego, cansancio, mi mente tiene todos los deseos de permanecer aquí, ellos, su música, los sonidos, paz, ellos somos todos, Mayra está embarazada, lo soñé la otra noche a su lado, olvidaré lo que fui olvidar, la ciudad, la selva, el fuego, la música, amor Mayra, los ancianos la música, quedarme, la vida, el miedo, su piel cobriza, mujer, mujer, instrumentos de hueso, amor el fuego el río, la caza el canto, la selva, el fuego su sonrisa, su fuego aquí el fuego fuego pasión música, silencio música en la que hablo, música en que nos entendemos, danza de animales sonido de fuego, música de fuego, salto al vacío, las raíces música, verso, espíritu de la selva, al calor del fuego la luna, el amor la música el fuego.

XIV.-

Epílogos

Teresa desconocía lo que en su rapto proponían aquellos sujetos que no lograba ver. La noche anterior había estado con sus amigas, celebrando el lanzamiento del documental que la llevaría a Europa. Una vez que las luces se apagaron y la fiesta cesó todo se volvió oscuridad en ella. – tranquila. – repetía la voz, fría y morbosa que disfrutaba acariciar el cuerpo del que estaba enamorado.

Ella resistía, desesperada, no podía sino escuchar la voz persistente. Era demasiado, la voz repetía, una y otra vez, con ambición de castigo, lo que haría. La corriente eléctrica se precipitó, sintió que su cuerpo ardía, sintió que la recorrí con la misma velocidad del corazón.

Teresa disfrutaba una felicidad que consiguió basándose en su trabajo y el interés que tenían sobre su belleza. Había olvidado lo que alguna vez pensó, ebria del éxito, que algún día tendría que pagar aquella racha de oportunidades; estaba amordazada, casi sin poder resistir ante lo que invadía su mente, más intenso que la propaganda, verdaderamente mediático y maligno.

Irás y buscarás las cartas de Duval, él las tiene, irás de noche, si no las consigues iremos nosotros.

Ella la verdad no quería verle. La voz anunciaba en ella de manera

persistente, y después de cada frase, al margen de lo que respondiera, aquellos golpes eléctricos la flagelaban.

Sus lágrimas invadían su cara. Su cuerpo jamás olvidaría el terror. El golpe... - irás y recuperarás las cartas de Duval. - irás y recuperarás las cartas... irás allá y nos traerás las cartas, irás... - y se entregó, apenas sentía la corriente, iría y recuperaría las cartas de Duval, sino iba... - utilizarás tu cuerpo para seducirlo, él no se resistirá. Le preguntarás cómo se siente, le darás consuelo, nos traerás las cartas. Si vamos nosotros, lo mataremos.

Iré y traeré las cartas. Si no voy lo matarán. Iré y lo buscará mi cuerpo, estoy desnuda... ningún golpe de corriente. Un objeto a un lado de mi cara. - está llamando. - Están llamándolo, - Hola, soy Teresa... me ha reconocido. ojalá supiera, ojalá no hubiera contestado, - ¿Qué haces? - Me aprietan, quieren que sea rápida, al grano... - ¿Estás durmiendo? ¿Ha sido un buen momento para llamarte? ¿Estás bien?

Cuelgan. Me visten. Me embriagan. Estoy desnuda ante ellos, no puedo creerlo, voy en un vehículo hacia algún lugar. Yo lo haría si me necesitaran, ¿Por qué es necesaria la tortura? ¿En mi mejor momento? Me quitan las vendas. Debo ir y recoger las cartas. Debo ir. Voy. Conozco este edificio. Subo los ascensores. Dolor, toco a su puerta. Ha muerto el maestro. El maestro! - Hola, Estéfano, ¿tomémonos un vodka? - Tiene un semblante triste, no es atractivo para nada, ha muerto el maestro... y yo debo traicionarlo. Estoy débil. ¿Dónde estarán las cartas? - Estéfano dónde... ven, ven a mi cuerpo, tu cama nos llama. ¿Qué es lo que querrían? ¿Qué es lo que hago? Me gustaría pedirle ayuda pero no puedo. Estoy paralizada. Me he quedado dormida, ¿Estará aún? Las cartas, deben estar aquí, ¿estarán? Él se ha ido. No encuentro nada. Tiene todos estos libros y cuadernos, apuntes sobre la evolución de las especies, esas especies mitológicas, extintas, ni siquiera ordenados. Este libro se lo ha dedicado Duval, ojalá sirva, nada más hay, de seguro éste es el mensaje, lo demás es antropología, lo sé bien. Más allá de este libro no hay nada más. Tengo sueño. Él debiera haberse ido con las cartas, idebió irse con ellas! Las cartas de Duval. Duval. Estéfano, la fiesta mi cuerpo y la corriente eléctrica, sueño llanto noche, sueño, debo ir y recuperar las cartas, debo seducirlo, debo ir, recuperarlas, debo... esta es la letra de... era la manera fácil. El Enigma de lo Humano Violencia. He conocido la verdadera soledad, golpes a mi cuerpo, el hambre arde, entraron los sujetos al departamento, nada hay aquí, buscan lo que busqué, no hay nada aquí. Afuera de estas ventanas está mi vida, en el día de mañana está mi felicidad de hoy.

* * *

El sujeto había observado a Estéfano desde el mismo día de la muerte de Duval. Sabían que entre ellos había una relación estrecha y que a falta de una nota, un documento que aclarase lo que Duval había llevado consigo hasta su muerte, deberían acudir a sus cercanos discípulos para espiar su testamento.

Aquel dulce ritual que precedía a la muerte les traía a los veteranos sus

más crueles días, cuando había enemigos y cuando la ley estaba ciega por la guerra.

Tras su gruesa apariencia, había una vigilancia estricta hacia sus movimientos. – Teresa no ha traído nada. – fue la contestación al otro lado del aparato. Estéfano le había descubierto desde su ventana y le observaba, y consiguió notar el miedo que quería invadir en él.

Llamaría entonces y ordenaría su muerte. Como en los viejos tiempos, cuando trabajaba con Duval en las esferas de la dictadura, analizando hombres y mujeres y trabajando en eliminar líderes innobles, apenas humanos... jamás hubiera imaginado que décadas más tarde no renunciaría a su trabajo mercenario y se cruzaría con sus desconocidas víctimas, nunca desconocidas, al fin y al cabo, en una delgada e intrincada telaraña que une la historia de los seres con vida.

Pero no era tampoco lo que buscaban... ¡maldita sea! El viejo Duval conocía todos aquellos procedimientos, se sonreía, todos los mecanismos de inteligencia. No, de seguro ni siquiera Estéfano lo sabría; fue astuto, la verdad, el veterano, tal vez dejado al margen de su gloria lo inevitable.

Pensó, durante largos y graves minutos luego de apagarse la luz del departamento que espiaba, y se contempló a sí mismo la más grande odisea humana... había sido un soldado, un científico, habría querido encontrar en alguna oportunidad, en uno de los múltiples viajes que realizó con Duval aquella civilización perdida, hasta que finalmente desertó de su misión y regresó a los cuarteles de inteligencia cansado de no encontrar nada... sería entonces un depredador, un *ser humano*.

Supo **entonces, debido a sus influencias en el aparato que le comunicaba a sus superiores e inferiores que el trabajo de aquel muchacho no vería la luz; años al alero del gran Duval, ya no valdrían la pena con el nuevo decanato. ¡Lástima! Cierta curiosidad y ambición tenía, aún y después de todo, que hacían importantes fuera de proteger los servicios financieros y las fuentes de energía, indiscutiblemente elementales para el progreso del país, cuidar el conocimiento del pasado y de los orígenes en una mística reverencia a quienes realizaban** la antropología y solían estar en contacto con fósiles más antiguos que la memoria de cualquier ancestro.

Aún y si llegara a conocer aquella civilización... tal sería su estado de aislamiento biológico que el sólo contacto sería peligroso, una bacteria, sólo un germen, sería más destructivo. Entonces si guerra había, si no conociera el tesoro humano por sí mismo, al menos les daría muerte dejando con vida a aquel joven científico.

Y no dio la orden de muerte.

De modo tal que aquel sujeto al otro lado del aparato, en un sitio erizado ya apartado e ideal para matarle, siguió la orden, cerró la puerta del furgón negro en el cual habían hablado de los años negros de Duval, y le dejaron con vida, pero inerte en la vida, confundido aquella noche en una suerte eficiente de tortura, psicológica y de desinformación, que de seguro aún en su aguda mente no lograría discernir.

Se negaba a creer que el maestro hubiese sido partícipe de la dictadura, se negaba en ver en alguien como él a un asesino.

Créame, si esto se llega a saber será el fin de ellos. – Decía el viejo soldado mientras encendía los motores. – ¿Y usted trabajó con él? ¿Acaso quieren matar a esta especie humana, también? –

No. – Reía tranquilamente en su gesto hedonista. – Eres tú el que los quiere matar, tú y Duval... Nosotros los protegemos de la humanidad, la que conocemos bien, la que mata, la que se mata entre sí, la civilización. Ellos no conocen la fama, la riqueza, el poder, la vanidad, el egoísmo. – Parecía conocerlos mejor de lo que esperaba. – Eso los hace ser quienes son, mostrarlos a la humanidad sería invitarlos a la humillación, a la extinción... de uno u otro modo desaparecerán, con o sin contacto. – Se acercó a una distancia desagradablemente cercana y su aliento era el aliento de un muerto. – Lo más importante, es que si llega a saberse... haría replantearse a la humanidad lo que significa ser humano; porque el hombre es guerra, y ellos son paz, el hombre es hambre, y ellos son la abundancia. Son una nación en la cual la perfección moral es su más grande ambición... y sin embargo, no interfieren ni pueden con los poderes económicos, que son, como tú y yo sabemos, más poderosos que el hombre.

Sólo bajé del furgón negro ocultando mi clara incertidumbre. Avancé sin dirección por la calle solitaria temiendo quizás una conducta violenta que presentía ya quisiese darme aquel negro soldado. Y agregó:

Nosotros los hemos visto hace muchísimo tiempo. Pero como tú no sabemos mucho más, porque no quieren ni ser conocidos, ni quieren conocer a otros. – Nos miramos a través de la fría niebla que cruza la ciudad. – La historia la hacemos nosotros, y ellos no serán parte de la historia, porque nosotros controlamos aquello que va más allá de la cultura, establecemos el control de la vida. Vemos en dónde nadie más ve, y aquello nos hace ser el Poder mismo. Pero si los conociste a través de Duval, déjalos ahí, deja que la humanidad avance – Sus manos se posaron estrepitosamente dejándole claro que debía apartarse. – ...ignorándose a sí misma, como siempre ha sido.

XIV.-

Duval celebraba el juramento hipocrático aquel día. Sus ojos estaban satisfechos de recibir la recompensa, su alma comprendía con devoción toda manifestación de vida. Apenas se comprendía a sí mismo. Apenas comprendía a los demás.

René le abrazó también, su gran amigo. Habían hecho juntos el servicio militar, habían estudiado la medicina juntos. Ambos en aquella y casi incoherente mezcla de carreras, buscando sanar y destruir, al mismo tiempo, de modo que se sorprendieron el uno al otro porque debían tomar rumbos distintos una vez que se forjaron una identidad semejante y a la par.

Recuerdas cuando al principio jamás te ganaba una pelea, Marcos, recuerdas cuando te vencí por primera vez. – Se miraron en una fraternidad desafiante y cómplice. Él le respondió – Sólo el jiu-jitsu es capaz de eso. – A continuación intentaron ambos una maniobra y un leve combate le siguió del que desistieron luego que la gente les comenzara a observar con rostros inseguros, gente de la que se reían.

Y entonces llegaron a ellos todos los momentos en los cuales se levantaban a las seis de la mañana, como se conocieron en un trote, como René, soldado torpe, le dieron a patadas por lanzar mal una granada y ésta se devolvió porque no alcanzó a llegar a la altitud necesaria, y todos escaparon y el grito del general que embruteció como una bestia ante tanta ineptitud.

Sí. Ambos se reían de esas cosas que entonces eran serias y motivo de vergüenza, y que ahora eran sólo bromas de las que valía la pena recordar como buenos tiempos.

¿Aún sigues con tu idea de seguir en antropología? – preguntó en una ironía, diciéndole en otras palabras que siguiera el rumbo para el que siete años había dedicado. – Claro. – Comentó al instante. – Era mi idea original. Quiero viajar, no pienso quedarme en un hospital toda mi vida. – Te vas a casar con una momia viejo. Estás loco... médico, y quieres estar escarbando en la tierra y no en las cumbres. –

¡Pero será una hermosa momia, de huesos sexis y cráneo femenino, lo verás! Además yo tengo pareja ¿Tú qué harás?

El viento de la tarde, siempre prudente de llegar en medio de la nostalgia, llegaba a acompañarlos y a despedirlos.

Yo me dedicaré a la medicina. Tal vez me involucre en la política.

Ambos se despidieron en un abrazo fraterno que agrupaba sus años de intensa unión en aquellos segundos. Se fueron a beber licor.

Hagas lo que hagas te deseo lo mejor.

XVI.- La conferencia.

“Hace diez mil años los seres humanos llegaron al continente americano. Y en sólo dos mil pudieron adaptarse increíblemente a una diversidad de hábitats que ninguna otra especie ha logrado sin sufrir alguna mutación importante producto de esto.

“Nuestro descubrimiento, desde luego, demuestra que no fue así. Podemos suponer una tribu de cazadores-recolectores nómada que sin haber desarrollado la escritura, sin haber domesticado los cereales ni animales han llevado una organización social compleja durante milenios.”

La comunidad comenzó a hablar entre sí con gestos descorteses y desconfiados. Algunos había que mantenían su interés, escuchando, el rostro seco de la profesora Acevedo, la abnegada reputación de la universidad se comprometía en aquel divagar teórico, absolutamente verosímil, pero difícil, él se arrepintió de mirar al auditorio y por algunos segundos dejar de confiar en sus propios estudios.

“Puede parecer sorprendente que una especie humana haya subsistido paralelamente sin ser conocida, pero no es tan increíble desde un punto de vista biológico; tal vez es cuyo genoma descendiente del sapiens, una vez que necesitó adaptar sus facultades mentales a la selva, mantuvo su fisonomía primitiva... una revolución cognitiva no les implicó una necesaria domesticación del medio ambiente, motivo por el cual su especie no tuvo el éxito en número de ejemplares que sí tuvo el sapiens al domesticar, o al dejarse domesticar, mejor dicho, por las conductas sedentarias.

“Es totalmente comprensible, por lo tanto, suponer que sus redes sociales no estén administradas en castas superiores e inferiores como sucede con

nuestras sociedades, no hay esclavos ni líderes, funcionan a imagen de lo que sucede en la naturaleza, en una simbiosis permanente, en una mutua necesidad de talentos, en una interdependencia histórica entre unos y otros, y que resulta ser la única explicación razonable a su subsistencia.” El auditorio se mantuvo en silencio mientras una imagen mostraba la representación de lo que estos seres humanos hipotéticamente serían; no mucho más grandes que un sapiens, de piel gruesa y ojos penetrantes, cabello negro y largo, uñas largas y gruesas que les permitían trepar y aferrarse sin mayores dificultades a lo inhóspito, el surco lunado bien señalado, posición bípeda.”

“Y díganos... aún y si fuera cierto, ¿qué podría indicarnos que no sería algo semejante a los Tasaday de Filipinas?” Interrumpió la voz de la profesora Acevedo que disputaba el decanato en esos momentos, y que no era muy aficionada a los descubrimientos y a las elucubraciones. “Duval propuso muchas veces su teoría, pero aún y cuando tuvo contacto con estas personas, y lo sabemos dado el instrumento musical que trajo consigo y que, supuestamente, es la prueba de su existencia, es necesario suponer también cierta ambición megalómana... es algo comprensible dado su estado mental, sin desacreditarle, por supuesto, en el que se encontraba.” Aquellas frías palabras acallaron la inspiración con la que hablaba. Pero debía sostener sin cesar hasta lo último su teoría. Buscando una serie de respuestas ante aquella irrespetuosa intervención, primero deseó sostener a toda costa que el fraude era imposible, no obstante, antes de afrontarla prefirió responder sin caer en la misma ceguera con la que era interpelado.

“Pues de ser un fraude científico... con mayor razón se debe investigar, con mayor razón se le debe desacreditar.”

Prefirió evitar mayores discusiones. Tomó un momento de aliento antes de que las miradas permanentes debilitaran su voluntad y continuó. “Para que nunca más vuelva a suceder algo así... sin desacreditarle” Entonces, y para impedir la discusión sobre su monólogo, sólo continuó.

“Se desconoce su política, la estructura de su cerebro, se desconoce su procedencia y su parentesco genético, es necesario y más que nunca destinar recursos a la investigación de estas personas, es necesario comprender una sociedad de primos hermanos que podrían enseñarnos mucho de nosotros mismos.

“Retrocedamos un millón de años y seremos simios en el Kalahari, en medio millón hay antropoides diseñando herramientas... diez mil, ¡y construimos universidades y bautizamos repúblicas! ¿Qué sucedió en aquel momento? ¿Qué sucedió que pudimos hablar, y pudimos escribir, y sumar?

“Y si esta nueva especie evolucionó, drástica y vertiginosamente, como ninguna otra de la que tengamos constancia, y compartió nuestro mundo, y subsistió a las colonizaciones y vivió las guerras mundiales, sin que apenas en nuestros ojos de dominio nos tomásemos el tiempo de conocerla, sin apenas echar un vistazo a la comprensión de lo que nos es auténtico... sino escuchamos a quiénes sí lo sabían, ¿Cuándo nos comprenderemos?”

El auditorio estalló en aplausos cuando dio las gracias, y se alejó absorto entre quienes no aplaudían. "El hombre, sin lugar a dudas, es el único animal que busca una y otra vez algún motivo para sentirse único." Daniel le había dirigido esas palabras en un gesto de entendimiento.

Salió entonces cansado y con el semblante oscurecido. Seguro de sus palabras, sin embargo, caminó sin dejar de pensar en lo bien o en lo mal que resultó su exposición. Sin duda alguna, era una buena señal. Todos los grandes científicos que conoció la humanidad y que había estudiado, aún y con los mismísimos fósiles acreditando la verosimilitud de sus hallazgos, aún y con la evidencia misma en sus manos, eran continuamente humillados y refutados, casi sin palabras de aliento para sus descubrimientos, y aún así contra la adversidad confiaban en lo que veían sus ojos y calculaba su lógica.

Confiaban en sí mismos... mientras nadie más confiaba en ellos, y después, todo el mundo les debía el más grande respeto y su recuerdo era una obra más grandiosa en la muerte que en la brevedad de la vida.

Sucedió desde que el mismísimo Darwin se atrevió a reconocer que había semejanzas entre el hombre y los monos, cuestión evidente en el análisis de sus esqueletos y en los aparatos rudimentarios e inútiles que se alojan en el cuerpo humano, sucedió con el australopitecos, con el hombre de Java, con el floresiensis... ¿Por qué habría de ser distinto con Duval y con este nuevo hallazgo?

La voz de Samanta vino a su rescate. Sus ojos, brillando en medio de la oscuridad de sus pensamientos, le miraban con ternura y una cierta admiración.

¿Vamos a ver al maestro al cementerio? – Preguntó su voz suave, segura de que le haría bien ir a ver al profesor, de quién era el único discípulo que osaría continuar su trabajo. Y tenía razón.

XVI.-

Final

Samanta caminaba esa mañana de primavera cuando su corazón se fijó en la noticia de la primera edición los periódicos. El sol amarillento difuminaba la sombra clara de los edificios cuando la temperatura, suave y que anunciaba un día caluroso, permanecía entre ella y Teresa que también fue atraída por la misma noticia.

Se pidieron disculpas una a la otra al haberse atropellado sin ninguna intensión. Se miraron y sus rostros casi se reconocieron en aquel instante.

-CIENTÍFICO DESAPARECIDO EN LA SELVA-

Decía el titular. La bajada mencionaba su búsqueda incesante e infructuosa hace algunas semanas, luego de haber sido encontrado otras veces merodeando en aquellos ríos, lejos de cualquier civilización.

Si no le encontraban en unas horas dejarían de buscarle y su persona sería declarada desaparecida.

Recordaron su voz, ambas desde el primer día en que iniciaron las clases, interrumpía los discursos de Duval, cuando miraba a Teresa que parecía ver en los ojos de la fotografía la ternura que había amado alguna vez cuando le miró directamente y la enamoraron.

"Si resucitara un Neanderthal" interrumpía la clase de antropología filosófica con su manera propia y sin mayores pretensiones, que casi nadie más entendía como ingenuas suposiciones. El día en que llegaron a la clase del profesor, famoso por haber regresado del Brasil con un gran prontuario antropológico y con un misterio que difícilmente revelara sobre su esposa y sobre la reliquia que traía de una cultura desconocía y que suponía viva. "Los seres de Duval" se rumoreaba, al margen de su excentricidad que explicaba cada uno de los estados evolutivos que hasta entonces se tenían como antepasados del hombre. "¿La iglesia les reconocería como hijos de Dios? ¡Qué pérdida de tiempo!" exclamaba luego aquel día en que discípulo y maestro se conocieron, en una suerte de magnético desafío y de oculta admiración a la aventura.

"Oh, sin lugar a Dudas" Respondía, "¿Cómo se llama usted?" interrumpió su propia respuesta. "Estéfano", "Sin lugar a dudas, Estéfano, que para llegar a llamarles hijos de Dios habría mucho que discutir, tal y cómo se discutía sobre la humanidad de las primeras civilizaciones americanas... pero por cierto, si pecadores serían, pecadores, ciertamente, serían."

"Ojalá esté bien, no desapareció, se encontró a sí mismo" Decía para sí misma Samanta, que le extrañaba.

"Ojalá le encuentren, desapareció buscándose a sí mismo" Se dijo Teresa. Y ambas continuaron su camino, noticia del día, durante las siguientes semanas sólo pensaban en él. En su abnegada decisión y curiosidad, en la valentía de su mordacidad de aventurero que tal vez encontró la muerte una vez que emprendió vuelo a la acción más allá de la teoría, pero prefirieron creerlo vivo, y más aún, prefirieron creerlo feliz.